

JUAN IÑIGUEZ VINTIMILLA

3531

E 861

may 30

I 65

GLORIA SUPREMA

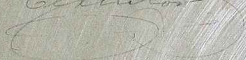


CUENCA-ECUADOR

1920

Tip. «Municipal.»

Mmanuel Peralta V. como testimo-
nio de amistad y verdadera
aprecio, afectuosamente.

Elleitor


Cuenca, junio 5 de 1920. -

GLORIA SUPREMA

GLORIA SUPREMA

¿Qué soy? Nada; pero no te sucede
eso a tí, alma de mi pensamiento; con-
tigo cruzo la tierra.... asociándome a
tu espíritu, participando de tu origen
espiritual, y volviendo a hallar por tí
nueva facultad de sentir cuando toda
mi sensibilidad parecía agotada.

BYRON-POEMAS.

HISTORIA DEL POEMA

El año de 1900, a principios de Agosto, yendo de vacaciones a Tixán, donde hacía de Cura un hermano mío, atravesé el Nudo del Azuay, que se halla a 4307 metros de elevación, con el temporal más crudo.

Había nevado toda la semana anterior y continuaba nevando. La ondulada blancura del hielo, tendida simétricamente sobre el Nudo, no le quitaba nada de su forma natural: visto a la distancia, semejaba, como dice Wolf, una araña gigantesca; pero una araña sobre cuyo lomo se hubiese derramado polvo de estrellas.

La nieve, como lluvia de hostias o pétalos de lirio, continuaba cayendo en espesos y abundantes copos. Senda no había. Las mulas en que íbamos mis

dos guías y yo, caminaban con el hielo al pecho y sin dejar huella. La de nuestro paso era borrada, sin solución de continuidad, con un silencio e impasibilidad espantosos.

El hielo nuevo es suave y esponjoso como espuma. Avanzábamos sin cruzar palabra. No se oía sino el chasquido peculiar de los copos al caer, semejante al ruido de un tenue beso, y el resoplar de las cabalgaduras que, con las orejas gachas y el hocico tendido al suelo, iban empujando el hielo con las rodillas.

La falta absoluta de camino adelante y el rápido desaparecer de todo rastro en pos, nos sumía en una especie de aislamiento siniestro. Así es la ruta misteriosa de la vida, por eso la vida es tan triste.

En *Quimsa-cruz*, la cúspide del páramo, punto que en las plantas corresponde a la flor, sobre la deslumbradora superficie del hielo, como el ennegrecido relieve de una medalla de plata, dejábanse ver un rostro y una mano, sobre los cuales, como si se hubiera acabado de sacudirlos, no había nieve.

El rostro no reía con la mueca horrible de los que perecen ateridos, sino que sonreía con una placidez serena de ensueño, y la mano empuñaba un rollo de papel. Eran un florecimiento de la nieve.

Conforme nos acercábamos, como defendiendo aquel sitio, arreciaban el viento y la nieve de tal modo, que corríamos peligro de encanijarnos.

Los guías pasaron. Yo llevaba igual determinación; pero la actitud del cadáver, que remedaba obsequiarme aquellos pliegos; suplicarme que los recibiera, que los salve, hizo que me detenga.

Uno de mis acompañantes, a repetidas y enérgicas instancias mías, se acercó a tomarlos, y huimos luego perseguidos por la furia de los elementos, hasta el pueblo de Achupallas.

Allí, al tiempo que me los entregaba, ajados y chorreando, me dijo:

—De seguro que no querrá Ud. regresarse de aquí, si acaso le cuento una cosa.

—Qué cosa?— le interrogué con curiosidad.

—Parece que ese hombre hubiera muerto amorosamente recostado en la falda de una mujer, de una mujer joven y, a no dudarlo, hermosa.

—Por qué dices eso?

—Porque, merced a la rigidez cadavérica, tenía la cabeza en el aire, y quedaba en la nieve, como una preciosa lira, la huella profunda de unas caderas redondas de mujer joven, que después de haber permanecido sentada largo tiempo, hubiese acabado de levantarse, dejando en seco el sitio que ocupaba, y sin arrimo la cabeza que sostenía.

No comprendí semejante relación hasta cuando concluí de leer el manuscrito, muchos años más tarde, restaurándolo, a fuerza de atención y de trabajo, tanto en las partes que era incomprensible, como en las que habían sido borradas por la acción del hielo.

Esa flor de ilusión, recogida sobre la nieve, en lo más alto de la cordillera, y que tiene toda la grandeza y atracción de un símbolo, es el poema que doy a la estampa, como un cuadro de la época a la cual se remonta, sin prólogo ni comentario de ningún género.

El retrato que va al frente de esta edición es el mismo que, trazado a lápiz, lleva el manuscrito original en su primera página. No sé si sea el de la mujer a quien se refiere el poema; pero respondo de la fidelidad de la reproducción.

Juan Iñiguez Vintimilla.

GLORIA SUPREMA

CANTO PRIMERO

...deja que la voz de una flor sea para tí el oráculo de los dioses. ¡Te ama!
¿Comprendes lo que indica? ¡Te amo!

GOETHE.

Recuerdos! Silenciosos roedores
de las almas! volviendo a los hervores
de vuestra hambre primera, nuevamente,
a despertar las notas de mi sistro,
traédmelo al Dolor, ¡ese ministro
de todos los prodigios de la mente!

Y Tú, la de Valclusa Musa austera,
¡en el amor y en el dolor primera!
dale divina entonación a mi estro,
y por la senda guíame del Arte,
haste poder un día coronarte
de laureles en flor como el Maestro.

Mas, por dónde empezar? Dónde la nota
que funda en armonía cada gota
de este libro de lágrimas? ¡Amiga,
el Cielo me devuelve a tu cariño,
para que en tí halle, como inerme niño,
luz a mi ansia y reposo a mi fatiga!

Cual si tú no estuvieras a mi lado,
del mar de oscuridad de mi pasado,
extraeré la perla de tu historia;
y en santa comunión daré a los pocos
a quienes llama la ignorancia locos,
porque son los ungidos de la gloria.

Corría el mes de Agosto. En la ribera
del rubio Yanuncay, por vez primera
nos vimos, al cruzar una enramada:
botón de rosa que recién se abría
a la luz élla; yo, en mitad del día,
llevaba el corazón en la mirada.

Cascada de tinieblas el cabello,
albura presta al redondeado cuello
y marco al rostro en destellar de auroras;
los labios de promesas expresivos;
los ojos —negros, grandes, pensativos—
cual de todas las grandes soñadoras....

Un sonreír de perlas y rubíes,
solo soñado en náyades y huríes;
unas maneras nobles, atrayentes;
unas manos tan blandas y tan suaves....
más suaves que el plumaje de las aves,
chiquitas, hoyueladas, inocentes....

Princesa de su sexo, su realeza
ostenta en su estructura de princesa:
curvas que alternan; firmes redondeces
que el vestido subleva y escultura,
y adentro, la potente levadura
de los quince años en constante creces.

Acudía, por verla, cada tarde
a su quinta; y del sol con el alarde
postrero de los últimos reflejos,
sin valor para entrar, los derredores
rondaba, simulando coger flores,
y temblaba mirándola de lejos.

Tardes del tiempo aquel! En la memoria,
como páginas vivas de su historia
las guardo. Me parece que aun veo
el campo enfermo, el río tan escaso,
que solo enseña piedras, y en ocaso
del sol agonizante el parpadeo.

Las nubes, de dolor, el horizonte
dejan; se agrupan; lloran sobre el monte,
y, luego, en desbandada, de una en una,
se esfuman en la sombra, sin ruido,
en tanto que su rostro desteñado
de esquivar doncellerías muestra la luna.

A su luz, tras las tapias del cercado
la vez primera hablamos. Agobiado
un sauce nos cubría con sus ramas.
Después que oyó mi confesión, —No puedo—
murmuró— decir nada: tengo miedo
que no sea verdad que en verdad me amas.

—Por esta cruz de Dios!— clamo al instante;
pero en vano: se encuentra ya distante.
Cual nimbo de luz blanca, que la brisa
lleva, atravieza el campo adormecido;
y, sin chafar la hierba, su vestido,
como aura embalsamada se desliza.

Habíase callado, y yo la oía;
habíase perdido, y la veía.
El sauce cabeceaba con rumores
de suspiros de amor, y el aura, suave,
me besaba, me besaba como sabe,
cuando les lleva polen a las flores.

En los claros del cielo, los luceros,
igual que diminutos agujeros
del palacio del sol, su broche de oro
abrían titilando; en el fecundo
tálamo de la sombra, sobre el mundo,
el amor derramaba su tesoro....

Marché como un sonámbulo, embebido
en éxtasis de ensueño no sentido
hasta entonces jamás. Naturaleza,
en lengua misteriosa de druida,
salmodiaba en mil formas a la vida,
que es en cada latido una promesa.

Agitaba el calor de sus acentos,
mi colmena interior de pensamientos,
como aliento de sol regado en torno;
dormir me era imposible: en mis entrañas
palpitaba Afrodita, y sus marañas
sofocantes tendíame el bochorno.

La soledad es mala compañera
del amor y la vida.... Primavera,
tú lo sabes mejor! Tu tren de flores,
gemas, y linfas, cánticos y trinos,
acusan, de la vida en los caminos,
al velo y el sayal, de desertores!

Entre proyectos a cual más risueños,
decidí, como flor de tantos sueños,
para rendirla, visitar su quinta.
Era ya medio día, el sol caldeaba,
y por tras de los montes asomaba
de blancas nubes una leve cinta.

Fingiendo estar de caza, la escopeta
al hombro, lleno de ansiedad secreta,
llegué.... En el corredor de ancho ladrillo
embaldosado, en un sillón de cuero,
en desgaire de campo, un caballero
circunspecto, fumaba su pitillo.

Al concluir su relación, el seno de las nubes rasgó el rayo, y el trueno retumbó. Era hora de marcharme. —Envano se empeña usted —me contestó— no tarda la tempestad. —Quien la huye no la aguarda— le observé, en pie, tendiéndole la mano.

—Llueve ya!— Y, en el campo, goterones caían. Cada vez las tronazones eran más recias.... Casi a la carrera, *élla* y su madre, mano en los sombreros, por la calle, asomaron de gomeros, suelta al viento la negra cabellera.

¡Qué hermosa estaba bajo la negrura de su ala de cabellos!.... La ternura que, de encontrarme, se pintó en sus ojos!.... Pretendimos fingir indiferencia, y a nuestro afecto dieron evidencia la mutua turbación y los sonrojos.

Me halló la luna allí. —Juré que la amo; y, al despedirme, deslízome un ramo entre los dedos. Una vellosida y un heliotropo, en maridaje bello, ligados por una hebra de cabello: confesión, a la vez que despedida.

CANTO SEGUNDO

¡Oh infeliz una y mil veces
la que se ve aborrecida
de la cosa que más quiere!

CALDERÓN DE LA BARCA.

Ensueños de otro tiempo! Glorias idas!
Quimeras, si esperadas, no venidas!
volved al corazón; tornad al nido
que un tiempo os abrigara, y que, al reflejo
de la luz del pasado, en árbol viejo,
solitario se mira suspendido!

Si! Venid y de luz inundad mi alma,
como astro que despunta! De esta calma
de muerte que padezco, activamente
sacadme; y, remozado, otra vez sienta
estallar en mi pecho la tormenta,
que ajó mi corazón de adolescente!

Esquiva en un principio, poco a poco,
a mi amor, con amor ardiente y loco
llegó a corresponder.... Días enteros
vagábamos a solas, al martirio
del amor entregados.... ¡Qué delirio
porque todos nos vean compañeros!

La fronda, el puente, el campo, la ladera,
la iglesia parroquial, la carretera
nos vieron siempre juntos, como hermanos....
digo más, como esposos: apoyada
en mi brazo élla y, sin rubor, trabada
con la mía una de sus blancas manos.

De cartas, y presentes, y querellas,
que son del cielo del amor estrellas,
lleno está su recuerdo.... En mi cuita,
no hallo día que hubiérase pasado
sin vernos en encuentro simulado,
al no poderlo en clandestina cita.

Las gentes del contorno me trataban
ya como a viejo camarada, y daban
impulso de mi amor a la ardiente ola.
Hasta los perros, que antes defendían
los pasos extraviados, me veían
haciéndome agasajos con la cola.

Pero, al llegar de Octubre a los umbrales,
la ciudad reclamó a los colegiales
y el campo a los humildes labradores.
La quinta, con pesar abandonamos,
y en la ciudad, lo mismo nos amamos,
aunque con menos libertad de amores.

Ya comenzaba en nuestro pensamiento
la idea a germinar del sacramento
consagrado en Caná, cuando, imprevisto,
sopló de la calumnia el viento helado,
marchitó tanta flor, y derrocado
cayó nuestro soñado paraíso.

A qué seguir mi narración? Es dable cantar miserias? Me hizo miserable mi ineptitud para querer de nuevo.... Cuando es cual debe, del amor la llama no desgasta la entraña con que se ama: la consume sin forma de renuevo.

Para *élla* fue la noche. Luego llena de rencor contra mí, puso en escena su amor propio ofendido.... ¡Que agresiva se torna la mujer si se resiente! En sus ojos el rayo y en su frente la nube muestra en actitud altiva.

Quise hablarla, evadió la confidencia; quise verla, ocultóme su presencia: huyó de su balcón; negó a las flores que de él pendían el diario riego, y, sin oirme ni dar campo al ruego, me condenó del odio a los rigores.

A su injusticia respondió mi orgullo: al modo que la ninfa en el capullo, en él encastilléme, aunque sentía morir; y consumido, agonizante, cada vez me alejaba más distante, mientras más su cariño me atraía.

Así es el corazón. Tiene el capricho de las cumbres rebeldes, no del vicho la acomodable condición. Huyendo del frío del invierno, la agria cima no abate en pos de abrigo, la aproxima a los astros, las nubes trasponiendo.

Del placer me arrojé en el torvellino,
olvidando el trabajo; del camino
me alejé de la gloria.... Camarada
llegué a ser del garito y la taberna....
La crápula arrullóme en su caberna,
y el vicio enumeróme en su manada.

No hubo truán, saltimbanquis ni manola
que no me conociese como una ola
hermana que arrastraba el mismo río.
De la bohemia en las viciosas cumbres,
con las de ellos junté mis pesadumbres,
cual trapos sucios en un mismo lío.

¿Qué buscaba? Era para mi *su* nombre,
como un orto de sol, mientras era hombre;
y, entregado al torrente del despecho,
sintiendo que su luz me envenenaba,
quería anochecerlo: me anulaba
para trocarme en un social deshecho.

Envano me arrastré y bajé hasta el fondo
de la p^oilga; envano, porque en lo hondo
me aguardaba *ella*. Su recuerdo un tanto
adormecido entre el tumulto, luego
volvió a lucir el primitivo fuego,
y viéndome a su luz me tuve espanto.

Operóse en mi ser la salvadora
reacción de la vida hacia la aurora,
y, aunque manchado, me alejé del cieno.
Como el nauta en el mar busca la estrella,
volvi los ojos nuevamente a *ella*,
y me torné, por merecerla, bueno.

Otra vez a su calle!.... Inter el día
alumbraba, jamás se me veía.
La pena tiene su pudor. De noche,
precautelado por la sombra, he hecho
de mi amor infinito y mi despecho,
bajo múltiples formas el derroche.

¡Qué cartas las que puse en su ventana,
qué versos y que flores!.... ¡Ansia vana!....
¡Talvez no recogió!.... Mi decidido
empeño fue impotente.... El viento acaso,
entre sus alas frívolas de razo,
los aventó a la sombra y el olvido!

Viajeros radiantes de la altura,
en ronda al deslizaros, mi amargura
contemplásteis pasear por las desiertas
calles llenas de sombra....; a hurtadillas,
escalar su balcón, y, de rodillas,
besar ¡Ay! los umbrales de sus puertas!

¿Fué verdad? ¿Me engañó la fantasía?
En las noches más negras percibía
su ventana chirriar; luego, un crujido
de la tribuna,.... un deslizarse blando
de pies desnudos.... lentos.... titubeando,
y.... después.... de sollozos el ruido.

Era *ella*? Cielos! Su íntima amargura,
derramada al rigor de la tortura,
atestigüa.... si era *ella*, que en su pecho
se asilaba un dolor.... dolor oculto,
al cual, vencida, tributaba culto,
y que avivaba el solitario lecho!....

¡Qué noches esas! Debe la vereda de su casa hoy caída, —si aun queda— en sus baldosas por mis pies gastadas, mostrar la huella de mis pasos, junto con la del llanto que vertí: conjunto de esas noches al duelo consagradas.

Ni el cierzo ni la lluvia me arredraron, y la lluvia y el cierzo me encontraron custodiando sus puertas. El rocío cuajaba en mis cabellos; los luceros sabían mi dolor; los aguaceros me acostumbraron al rigor del frío.

Arrostré todo, pero todo en vano: fue roca para mí, no pecho humano el de *ella*. La mujer si se encapricha, como en todo absoluta, gime a solas, mas no cede; y arrolla entre las olas de su ira, sin temblar, su propia dicha.

Así lo hizo Clotilde. Su clausura, después de largo tiempo de tortura, rompió, al fin, una tarde, y pude verla. ¡Cuan consumida la encontré, Dios mío! Desgarbada, sin fuerzas ni atavío, tenía el color crema de la perla.

Que a dónde iba? A la *Casa de Ejercicios*. (2)
No a llorar culpas, ni acusarse vicios;
sino ansiando, en su sed, dar con la fuente
que ponderan los viejos gozadores,
cuando, extinguidos todos los vigores,
les llega la vejez sabia y prudente.

La cuaresma a su término llegaba. Creyó, tal vez, que el Cielo la llamaba, prometiéndola alivio.... Paso a paso, fui tras élla, perdido entre el gentío, bajo el oro de un sol como de estío, en la augusta apoteosis del ocaso.

Lugar de expiación, tiene esa casa aplastada techumbre; luz escasa; celdillas miserables; corredores estrechos cuanto largos, con macizos emberjados al borde; pasadizos do aglomera la sombra sus terrores.

Ortigas y silvestre parietaria entapizan el área solitaria de sus patios. Los muros medio-évaes del templo al cual en su humildad se arrima, cual viejo amor que un muerto ensueño mima, la envuelven de su sombra en los cendales.

Desde cuando se la hubo construído, las cien generaciones que han corrido, han pasado por ella. Es como un arca en la que, al desfilarse nuestros mayores, han puesto, del caudal de sus dolores, algo que el paso hacia lo eterno marca.

Allí, sobre las húmedas baldosas de su celda postrada ¡cuántas cosas Clotilde, contra mí te habrá contado, Oh Cielo! entre sollozos! Qué de veces, sin darse cuenta, en sus ardientes preces, mi nombre al de su Dios habrá mezclado!

Duró poco el encierro: siete soles;
siete días sin luz, sin arreboles,
los pies sobre ladrillo, sobra encima,
silencio a todas horas; aquí resos,
allá lectura de los libros esos
donde en cada renglón se ve una sima.

Después que a Dios se convirtió Loyola,
debía haber sentido, como una ola;
invadir el hastío su existencia:
así se explica que en sus *Ejercicios*
haya hacinado tantos precipicios
que llenan de pavor a la conciencia.

¡Qué cantos más sombríos! Los *Vex illa,*
Te Deum, Miserere.... la tranquila
casa turbaban. Esos versos tienen,
como compendios del sentir humano—
crecientes y vaciando del oceano—
mareas de dolor que van y vienen.

Noche y día rondaba, y noche y día
aquellos cantos de dolor oía....
Cualquiera hubiese dicho que lloraban
las piedras y los muros! Sus acentos,
llevados en las alas de los vientos,
cual lúgubres espíritus bagaban.

Quien amó sabe del amor los dones:
promesas, esperanzas, ilusiones
que al fin resultan nada. Que su pecho
se ablande yo esperaba; pero al cabo,
no conseguí sino seguir esclavo
de mi loca pasión y mi despecho.

CANTO TERCERO

La vida del claustro, tan austera
y tan monótona, no es la vida, porque
no es la libertad; no es la tumba, por-
que no es la plenitud;... es la penum-
bra de la tumba.

VÍCTOR HUGO.

La vi salir.... El astro si no sube,
no triunfa, aunque rompa oscura nube,
de paso hácia la noche!.... Tras las puertas
del claustro se eclipsó. De las locuras
humanas, las mayores, las clausuras—
campo de sabias al Progreso muertas!

El *Carmen Alto* (3) la alojó en su seno.
Entraba a ser la esposa del Dios bueno;
del Dios que humilde las alturas deja
por disputar al hombre un haz de aurora;
del Dios.... ¡Detente pluma vengadora!
Dios no: el humano error causa tu queja.

Aquello fue espantoso! Quedé ciego,
como de noche, cuando su últra-fuego
prende improviso el rayo. Era lo ignoto
que me retaba a duelo; lo invencible
que me impedía el paso; el insensible
turbión que se alza adlante del piloto.

Sentí una mano de aceradas garras
asirme el corazón. Cual de las parras
se exprime el grano para hacer el vino,
me lo extrujaba. ¡Qué dolor más crudo!
Trocarse en arma lo que fuera escudo;
el que fue protección en asesino!

Sólo, vencido, desquiciado, inerte....
con su reposo me tentó la muerte;
mas, rechacé la tentación. Hubiera
sido ponerle sello a la derrota....
En tanto que se vive, el ala rota
puede curarse y funcionar entera!

¡La postración en que caí, Dios mío!
Una vida arrojada en el vacío,
¿qué suplicio peor? Ir hacia el fondo,
sin saber dónde acaba! En el descenso,
creerse al fin, y estar en el comienzo!....
¡Qué negro es el dolor, qué negro y hondo!

Unna tumba tapiada, es una tumba;
pero un claustro qué es? La muerte sumba
en su torno, y, no obstante, adentro hay vida....
Es vida; pero vida con honores
de muerte. Vida vil de desertores:
pálida, estéril, muda y escondida!

El *Carmen!* Monumento del pasado,
donde el error, sin sol, acurrucado,
disfruta aún del medio-aval reposo,
cual del Dante el Infierno, tiene entrada;
más, no tiene salida.... Desgraciada
la que entra en busca del soñado esposo!

La luz está en el astro, no en la sima!
Desertar de la lucha no sublima!
La sombra, encubre, pero no redime!
Porque no anda, el tullido no tropieza!
De sus leyes la fiel Naturaleza
jamás al velo y el sayal exime!

Estuve poco tiempo decaído.
Reaccionó mi pasión con el fingido
poder que da la fiebre, y a la brega
volví con más ardor; con el empeño
del que en la lucha, de sí mismo dueño,
como carta última la vida juega.

Hijos de la razón son los errores.
Si bastardos, difunden resplandores
de verdadera lumbre. ¿El engañado,
cuál era si hubo engaño? ¿Cómo escuda
una razón que titubea y duda,
al que marcha al abismo obsesionado?

Nuevo Tenorio, de más alto ejemplo,
arrebatarla resolví del templo,
al tiempo, del sayal y la tonsura.
Mas, por los mismos que eran de ayudarme
delatado, acordaron no dejarme
verla tomar la nueva vestidura.

En el vestíbulo, una escolta armada,
de la consigna en cumplimiento, entrada
negóme. Le hablé al jefe, y fue de bronce
de mis ruegos al lírico tesoro....
¡El mismo en todo tiempo! solo al oro
era sensible el militar de entonces.

Ya no era mi rival solo el Destino.
La espada y la casulla mi camino
cerraban en complot. Y aquí en la tierra,
qué poderes mayores? Si en concordia
están, reina el pavor, y, si en discordia,
de su existencia es condición la guerra!

Desde el atrio, escuchaba letanías,
vigilias, salmos.... ¡Negras melodías
de aquellos desposorios! Derrepente,
toda mi angustia se cambió en coraje,
y quise penetrar; pero un salvaje
sayón con su arma me golpeó en la frente.

Y no recuerdo más. Sobre mi lecho
desperté herido, pálido y maltrecho.
Débil luz desde un ángulo alumbraba
la alcoba, y cerca de mi cabecera,
en la que había un cristo, de enfermera,
mi pobre hermana, con amor velaba.

Qué había sucedido? Cuantos soles
pasaron sin que yo sus arreboles
pudiera contemplar, o eran solo horas
las que tendido me encontraba? Rojos,
de mi hermana decíanme los ojos,
que vieron despuntar muchas auroras.

Desde el golpe brutal del centinela,
hasta aquel despertar ante una vela,
en mi alcoba, extendíase un abismo.
No hallaba orientación en su profundo
oscuro, y creía de otro mundo
la influencia llevar en mi organismo.

En auxilio llamando la memoria,
quise atar cabos, cordinar la historia
de los hechos: no pude. Aquel esfuerzo
me anonadó. La fiebre, nuevamente,
subió cual llama hasta abrazar mi frente,
y el delirio arrancóme al universo.

Como reminiscencia de una vida
anterior a la actual; talvez, vivida
en otra atmósfera, en mi mente queda
el recuerdo confuso de un ensueño
habido en esas horas en que al sueño
como hilo de humo la razón se enreda.

Estábamos sentados a la orilla
del mar, juntos, mejilla con mejilla,
de la roca en un borde acantilado.
Hablábamos de amor. El sol rojizo
hundíase en el agua... y, de improviso,
élla arrojóse, huyendo de mi lado.

Fue perseguirla mi primer intento;
pero estaba sin fuerzas, sin aliento.
Quise dar voces, y ajité la boca
sin producir sonidos. Mis pupilas
solamente giraban intranquilas,
encerradas en órbitas de roca.

Se plegaron las ondas con presteza,
azuladas cubriendo *su* cabeza.
Gimió a mis plantas el postrer oleaje.
Se deshizo la espuma. Como escudo
de bruñido metal, desierto y mudo,
mostróse el mar en su quietud salvaje.

Pasaron siglos. Las marinas aves
posaban sobre mí; los musgos suaves
me coronaban como a roca....; pero
mis ojos no dormían: la buscaban
sin tregua, y el espacio escudriñaban,
cual si hubiésen promesa de un lucero.

Al fin, un día, sin postizas galas,
solo cubierta por dos blancas alas
de los pies a los hombros, surgió; y luego,
desplegando la púdica envoltura,
elevó de sus formas la escultura
sobre el mar, que del sol brillaba al fuego.

A flor de agua, con giros desiguales,
trazaba ante mis ojos espirales,
en su casto impudor cual nunca bella.
Rodeaba su cabeza rubia aureola,
y dos surcos de luz sobre cada ola,
de sus pies eran encendida huella.

El sol desde el ocaso la vestía
con la radiante clámide del día;
dibujaban las ondas sus perfiles;
cantaba el mar el himno de la tarde,
y el viento, de pasión haciendo alarde,
la besaba con mimos femeniles.

El aire, el mar, el sol y los espacios,
que a cubrirse empezaban de topacios,
hacían su apoteosis; solamente
yo, ¡el que más la adoraba! en sus festejos,
soportando un infierno, desde lejos,
parecía mirarla indiferente.

Cambió el paisaje. La miré tendida sobre una ara vetusta, desceñida la ropa y arrastrándose el cabello: lacrimosa la faz, la sien desnuda, sobre la piedra: maniatada, muda, y descubierto a la cuchilla el cuello.

De un grupo de verdugos revestidos de anchas capas pluviales, los vestidos se acercó uno a quitarla; y sobre el ara quedó un ampo de nieve, con temblores de gota de rocío; con pudores de aurora cuando el sol le ve la cara.

Después, la circuyeron; la incensaron, y, mascullando rezos, se postraron en su torno. Un mitrado solamente, en pie, de victimario haciendo oficio, el hacha enarboló del sacrificio.... me interpuse, y el golpe fue en mi frente.

Entonces desperté. De pie mi hermana delante de mi lecho, una tisana para darme enfriaba. Me sentía bañado de sudor. La vela apenas chispeaba, y por las abras, como venas, se filtraba la luz del nuevo día.

CANTO CUARTO

“Buscando viene anhelante
a la prenda de su amor,
a su pesar consagrada
en los altares de Dios.”

GARCÍA GUTIÉRREZ.



No hay tormento mayor que ser ludibrio
del propio corazón: el equilibrio
de la vida se pierde; se acrecienta
la fantasía, se hincha y se desborda;
sin freno los sentidos, como una horda
salvaje, buscan por honor la afrenta!

La fiebre aun retúvome en el lecho
largos días. Pero ¡Ay! dentro mi pecho,
a la par que las fuerzas recobraba,
mi pasión vigorosa renacía,
y, como flor que se despliega al día,
mi pobre corazón reaccionaba.

Desde el instante que a sentirme dueño
volví de la razón, todo mi empeño
reconcentróse en preguntar por *ella*;
mas, solo atenta a mi salud, mi hermana,
con responderme, cada vez, —mañana—,
dejaba contestada mi querella.

Con qué amor saludaba a cada aurora!
esperando Ay! que llegaría la hora
de saber de Clotilde! Y cuan cobarde!
sin poder todavía dar un paso,
desde mi alcoba, al sol en el ocaso
hundirse contemplaba cada tarde!

Acaso se trataba, como a niño,
burlarme con promesas? Mi cariño
se miraba, tal vez, como locura?
Conforme recobraba la energía,
iba volviendo a mi actitud bravía,
y apuraba en silencio mi amargura.

No era obstruir de nuevo mi camino
hacer revelaciones? Era tino
abrirles, sin motivo, la conciencia?
¡Era mejor que indiferente aspecto
oculte la verdad y que mi afecto
tan solo para mí tenga existencia!

Al fin dejé la silla de caoba,
en la cual, a las puertas de la alcoba,
sin acción para andar, pasaba el día;
y, en una tapia del jardín sentado,
después de recorrerlo, en el pasado
Ay! a engolfarme, sin querer, volvía.

Llevado, mentalmente, a la ribera
del rubio Yanuncay, como en hilera
veía mis recuerdos, olorosos
a sauce y grama, desfilan; las hojas
rezagadas de Otoño estaban rojas;
los árboles desnudos y leprosos.

La mies dorada, al peso de la espiga
se inclinaba, anunciando la fatiga
de la cosecha ; resoplaba el Norte,
olor de vacaciones en sus alas
al escolar trayendo; y las zagalas
se alistaban para ir de corte en corte.

Al pie de la pirámide, en la loma,
de *élla* aspirando el virginal aroma,
contemplaba del campo la verdura
resuelta en palidez, hecha tesoro,
y aquí y allá, como esmeralda en oro,
azulear algún trozo de llanura.

La ciudad como un campo de amapolas,
do cada templo, en oración a solas,
eleva la azucena de su torre ;
a su espalda, en altar, montes azules,
y, a sus pies, entre sauces y abedules,
el Tomebamba que armonioso corre.

Repasaba de nuevo los senderos
por do íbamos los dos, como gilgueros
enamorados, gorgoreando amores :
yo de las de *élla* y *élla* de mis manos,
de los morales los sangrientos granos
recibiendo y los búcaros de flores.

Cuando más abstraído recogía
las palabras de amor con que solía
arrullarme, una mano posó en mi hombro....
¡la mano blanca de Clotilde!.... ¡Vana,
vana ilusión! Reconocí a mi hermana,
y, lo que nunca, me llené de asombro.

Mas, no perdí por eso la conciencia:
antes pude afectar indiferencia,
traicionarme a mí mismo. Del engaño
mi enfermera cayendo en el anzuelo,
hablóme de Clotilde, sin recelo,
como si fuera yo a su historia extraño.

Bajo un cielo sin nubes, en la calma
de la hora de la siesta, en mi pobre alma
destiló, gota a gota, los postreros
reciduos de amargura: las heridas
se me abrieron cual rosas combatidas
por impetuoso viento en los oteros.

Mi jardín, con sus plantas y sus flores,
fue cómplice leal de mis amores,
y de ello el Cielo presencial testigo;
sabiendo que, a su modo y en confuso,
también sufren las cosas, ¡Ay! dispuso
que participe fuera del castigo....

Mas, ¿quién puede leer en las corolas
de petunias, gardenias, amapolas
la cifra del dolor? A la siguiente
mañana, llanto sobre cada broche
brillaba.... era probable que la noche
pasaron en llorar amargamente.

Yo, impasible escuché: vanos enojos
no arrugaron mi frente, ni en mis ojos
cuajó una lágrima. Al acíbar hecha,
ensanchándose, mi alma recibía
el dolor, con las muestras de alegría
que el labriego entrojando la cosecha.

Y qué mares de llanto que afluyeron
pugnando por salir, no refluyeron
de nuevo al corazón! En el oceano
sucederse así suelen las mareas,
y nunca se desborda. Dudo seas
más hondo, mar! que el corazón humano!

Entonces supe que Clotilde quiso
en el claustro buscar, no un pasadizo
al Cielo: un rincón lóbrego do en aras
de mi amor inmolarsse.... ¡Triste fruto
del monacal ambiente! ¡Poner luto
do flecos rosas ¡oh ilusión! colgaras!

Odio no había en su crueldad: rechazo
de la brasa a la nieve. Es sin ocaso
el sol augusto del amor primero.
Encendido una vez, persiste y arde,
y de la vida en la brumosa tarde,
es del pasado el único lucero!

En su nueva vivienda, hasta del nombre
despojada, aceptó del sobrenombre
la humillación, y se llamó Regina.
Mas, ¡Oh Dios! a pesar de esos despojos,
que lágrimas quedaron en sus ojos,
y en su alma mi recuerdo, se adivina.

Más mía que de Dios, atrás del velo,
mejor que un ángel que regresa al cielo,
había una conciencia trastornada;
si: no era vocación, sino tortura
lo que hiciérale optar por la clausura:
iba a ser más que todas desgraciada!

Y ¿cómo redimirla? Inmenso muro rodea el monasterio y a seguro la pone de cualquiera tentativa! Las puertas nadie pasa! ... A falta de alas, para ascender se hicieron las escalas, juré que será libre la cautiva.

Pocos días después.... Que la postrera vez sea que recuerdo! la escalera arrimaba a los muros, convencido de triunfar de la suerte; pero tuve un acceso de horror, y me detuve cobarde, vacilante y aturdido.

Fue un desvanecimiento: que la tierra faltábame creí; como si a guerra se convocaran contra mi las cosas, alzóse un gran rumor; óvalos rojos en la sombra encendíanse como ojos, y temblaban del suelo las baldosas.

¿Acaso fué ficción de la creencia bebida con la leche?... La conciencia protestaba, talvez? ¡Ruda falsía! Vi los enormes muros coronados por escuadrones de ángeles armados que es probable se alejan con el día.

En pie, sin ver, sin escuchar, turbado me hallaba, y, de improviso, fui arrastrado por la ronda nocturna y conducido a prisión. Como en ensueños y en confuso recuerdo que ni a bestia se me puso, por los pies, de una barra suspendido.

Qué noche tan oscura y tan amarga!
Se me ofreció la vida como carga
superior a mis fuerzas. Vivamente
pedí que me quitaran la existencia;
clamé perdón, juré de mi inocencia,
y nadie me creyó que era inocente.

La luz, que alivio trae a los dolores,
conmigo cruel, para extremar rigores
anuncióse en oriente. Soga al cuello
fui conducido ante los jueces. Vime
torturado, y, como hombre, resistime
hasta que el potro me arrancó el resuello.

Que nunca hubiera vuelto a la existencia!
Mejor que entre los hombres la inocencia
viviría en los bosques. Las raposas
son menos crueles que la bestia humana....
El color de la sangre no engalana
del vampiro las alas membranosas!....

Sotanas y cogullas en mi torno
esparcían un ambiente de soborno....
¡Guerra a muerte al sacrilego!.... ¡Dios mismo
se haría respetar! Están las leyes
demás cuando se trata de sus greyes:
virtud, al ser por Dios, el despotismo!

Triunfó la *religión*. Fui condenado
a servir en las filas de soldado;
suplicio aun peor que la cadena,
los grillos y la cárcel. Los cuarteles
eran hatos do imperaban los más crueles:
cada sable mostrábame una hiena.

Como piedra en el fango sumergida,
entre miserias transcurrió mi vida
desde entonces. Mas nunca la esperanza
dejó de iluminarme. Con los ojos,
de llorar hartos y de sangre rojos,
contemplaba una luz en lontananza.

CANTO QUINTO

Ante un pelotón el reo;
En un flanco el comandante.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Se anunció una revuelta... una disputa de ambiciones de mando, y la recluta llenó el cuartel de víctimas. Obreros y campeñinos, del hogar restados a fuerza de armas, eran encerrados lo mismo que un rebaño de corderos.

Y nadie protestaba. Cabizbajos, hurafios; recordando sus trabajos interrumpidos, su familia hambrienta, lloraban en silencio, con los dientes apretados, cual símbolos vivientes del honor al servicio de una afrenta.

Llegó, por fin, un mozo: los vestidos llevaba hechos girones, y rugidos daba de fiera. Apenas desatado fue, se lanzó sobre la guardia; pero cayó de golpes bajo un aguacero, y fue en un calabozo arrinconado.

Al otro día, para hacer la lista de los reclutas, a pasar revista estuvo el Comandante. —¿Y el valiente?— preguntó. Entonces se le sacó al mozo, bañado en sangre, todo tembloroso y las greñas cuajadas en la frente.

Le miró el jefe con mirar salvaje, y ordenó con lacónico lenguaje: —Cincuenta palos, y a las filas! —Ciento!— suplicó el condenado— si la puerta, a cambio de ellos, se me deja abierta: mi madre quedó enferma y sin sustento!

Halló una palabrota por respuesta, y cuando quiso el paso a la protesta abrir, un subteniente de planazos le cargó; un cabo le arrastró, en seguida, y después de aplicarle su partida de palos, lo enfilaron a varazos.

Qué horror! Qué horror! Pasado el ejercicio me acerqué para hablarle.... ¿Dulce oficio el de regar un poco del consuelo que a nosotros nos falta! Como un dardo, una mirada me clavó, y con tarde acento murmuró: —¡Lo dejo al Cielo!—

Su desconfianza comprendí. Creía que era una de esas fieras.... no sabía que la desgracia nos hacía hermanos: que el encono de su alma era mi encono: que le llevaba en medio a su abandono, a fe de afecto, un apretón de manos.

Él conoció mi lealtad en breve;
y desleída a mi calor la nieve,
que le atería el corazón, me dijo:
—¿Ha visto usted estupidez más cruda?
Que a mi madre que muere no le acuda!....
Hasta por caridad.... no digo un hijo!....—

Después quedó en silencio. La cabeza
sobre el pecho inclinada, la flaqueza
del llanto combatía, que pugnaba
por derramarse, y que acabó en dos gotas
gruesas.... ¡Acaso de las fibras rotas
filtrándose al través, se le escapaba!

Cual si hablara consigo, en el desierto
del interno abandono, sin concierto,
balbució despacito;—Fue la guerra
la que el esposo le quitó; y ahora,
le quita el hijo.... ¡Suerte destructora!
¡Cómo quieren que amemos esta tierra?

Solita élla, a merced de las vecinas....
esperándome.... Ni pan.... ni medicinas....
Le vine a buscar vida, y va la muerte!....—
Hizo una mueca de dolor; el pecho
se oprimió con las manos, y derecho,
cayendo para atrás, quedóse inerte.

Yo le atendía, cuando vino un cabo
de servicio, tan torpe como bravo
con los pobres reclutas. Al bagaje
que cae le alza a palos el arriero.
Fue tratado mi humilde compañero
de manera más cruel y más salvaje.

—¡ Ya estoy bien ! Ya estoy bien !— Y no sabía que no puede enfermarse?— repetía el cabo, y el enfermo:—No! Dios mío! cómo lo iba a saber!... Si ya estoy bueno.... Perdóneme! Ya basta!... Estoy tan lleno....!— Y temblaba al rigor del calofrío.

Cuando quedamos solos, en sollozos se deshizo, con hipos, y llorosos los ojos protestó:—Se nos ensaya para la guerra!... Que del hombre quede lo que tiene de fiera!... ¿Cómo puede dar la Patria lecciones de esta laya!—

Pasó ese día, y al siguiente, obtuvo noticias de su madre, que las hubo llevado una vecina.—Si la aurora, le había dicho, la encontrara viva, fuera un milagro—; y aumentó su esquiva conducta en proporción desgarradora.

Entre tanto, la alarma se acentuaba. Arma al brazo dormíamos. Velaba un centinela en cada esquina. Había rumores desastrosos.... La noche esa, cometió el infeliz la gran torpeza de desertar estando de vigía.

Aquello fue para morir!... Consuela sentir el mal ajeno: nos revela que somos racionales! Destacadas tras él fueron escoltas. Era un hecho que estaba de su madre junto al lecho: allá se dirigieron las manadas.

No hubo nada que hacer : allí se hallaba sosteniendo a la enferma. Agonizaba la mujer infeliz entre los brazos del pobre desertor.... ¡Maldita sea la guerra cien mil veces! ¡Qué tarea romper dos corazones a sablazos!

Apenas nos vió, sin decir nada, nos clavó suplicante la mirada.... Parece que temía que en la cuenta caiga la moribunda. Mas, envano fue toda precaución, porque el tirano del jefe le arrastró cual tigre hambrienta.

La moribunda se esforzó en el lecho, queriendo incorporarse; de su pecho salió como un gemido, y cayó a plomo. El joven suplicó se le permita amortajarla; el jefe, a tal cñita, llevó la mano de la espada al pomo.

Fue agredido y a planazos entregado a la escolta.... Jamás he presenciado escena más infame! El calabozo le dió asilo, y, fue la barra el suave cojín do descansó. ¡Solo Dios sabe lo que pensó esa noche el pobre mozo!

De allí, días después, ante el Consejo de guerra fue llevado. Qué despejo en hablar demostró! —No creo —dijo— que he cometido ningún crimen : fuera esta vez, a no dudar, la vez primera que sea crimen el amor de un hijo!—

El defensor patentizó su ciencia
en sublimes torrentes de elocuencia ;
el auditorio se mostró de suerte
que se imponía.... Todo presagiaba
la absolución. Mas, la consigna estaba
dada, y fue el pobre condenado a muerte.

Parece que estoy viendo! El día brilla....
Son las ocho.... Le sacan de capilla....
Tocan tropa.... Disponen la parada
en cuadro, del cual queda un flanco abierto....
Allí el reo.... una descarga.... luego un muerto,
y después la macabra desfilada....

Los años pasarán, y en mi memoria
persistirá la escena! ¡La victoria
estaba asegurada!.... Desde ese hecho
ya no pensé sino en huir: me hallaba
solo en medio de lobos, do se hollaba,
a pretexto de ley, todo derecho!

¡Oh! Y es esto el Poder y la grandeza!
Sobre un trono de sangre la realeza,
y en la sombra el dolor sin esperanza!
¿Hasta cuándo serán las sinrazones!
¿Su valer hasta cuándo las naciones
fincarán en los medios de matanza!

Como el ave en la jaula nunca deja
de buscar al través de cada reja
la salida, por más que a cada intento
encuentra un desengaño; así buscaba
yo la ocasión, sin que a mi anhelo traba
sea del desertor el fin sangriento.

¡Cómo creer que el ciudadano pueda reducido quedar a simple rueda del mecanismo del Poder? Que dado le sea al que gobierna, como a víbora venenosa, inmolarlo a su capricho, porque no quiere asesinar forzado?

¡Cuánto deseaba contajear mi empeño a todos, para ver, al que por dueño se tiene de la hacienda y de la vida del pueblo, tiritar de desventura, mirando que el poder no se asegura sino a virtud de protección y egida!

Vana esperanza! En tanto que la ciencia de las masas no esplenda en la conciencia, y el sol de la razón no encienda el día, habrá siempre oprimidos y opresores: ¿si al poder sólo van los vencedores, cómo han de gobernar sin tiranía?

CANTO SEXTO

Estaba nevando;... el viento las azotaba el rostro, como si quisiera impedir a la culpable joven que fuera más lejos.

ALEJANDRO POUKINE.

Los hechos pronto a confirmar la alarma
vinieron. ¡Qué ansia! Qué trajín! Al arma
corrimos. Se apostaron las guerrillas
de noche. Me tocó en la *Cruz del Vado*
pernoctar. El fusil dejé arrimado,
y, río arriba, huí por las orillas.

Qué noche aquella! Con el alma presa
de pavor, caminaba de sorpresa
en sorpresa. Una chosa, una vacada,
el ladrido de un perro, el leve paso
del viento me servían de embarazo
o aguijón en la lúgubre jornada.

Mas, tanto hube corrido; cuando el día
vino, a lo alto del *Cajas* ascendía.
Llegué a la cima. En la húmeda ribera
de las lagunas donde toma curso
el *Tomebamba*, me entregué al discurso....
Mi plegaria escuchó la cordillera.

Cuando todo le falta, al que en el pecho
abriga una creencia, en el despecho
un refugio le queda: alzar los ojos
al cielo y abrir paso a la plegaria....
el valle hondo, la cumbre solitaria
son templos do el dolor cae de hinojos!

Agua frezca en el cuenco de la mano
bebí: tenía sed. Como un arcano
estaba negro el horizonte. Algunas
aves de invierno, pregonando nieve,
agorero el chillar, el vuelo breve,
revolaban en torno a las lagunas.

Sobre rimeros de menuda piedra,
desprovistas de flores y de hiedra,
rústicas cruces, de los que ateridos
perecieran, las tumbas señalaban,
y, a trechos, insepultos, blanqueaban
huesos de hombre y de bestia confundidos.

¡Cuan honda soledad! La cruz aumenta
la tristeza del sitio do se ostenta:
simboliza pasión, ansia de vuelo;
la rodea un ambiente de infinito;
sus brazos tienen del vencido el grito,
mientras señala su cabeza el cielo.

La cordillera, una sinuosa vía
suspensa sobre abismos parecía.
En sus flancos, los valles, con pereza;
ataviados de todos los primores
de los llanos, los ríos y las flores,
reclinaban tranquilos la cabeza.

¡Oh montañas sublimes! Sacros senos
que fluyen sin descanso y siempre llenos
están de los tesoros de la vida!
Sombra y abrigo dais con vuestras moles,
agua a las vegas, oro a los crisoles....
A vuestro amor la humanidad anida!

Tomar me era preciso alguna senda;
la menos trajinada.... ¿Qué otra prenda
mejor para quien huye? Entonce en mi alma,
del nativo terruño la memoria,
revistió los encantos de la gloria
y, en mi ausencia al pensar, perdí la calma.

El valle azul del Tomebamba, donde
un cielo entero su belleza esconde;
su río de cristal, las eminencias
que lo defienden.... de dolor transido
miré por vez postrera, dividido
sintiéndome en dos rotas existencias!

Clotilde, allí, rozando con la frente
las nubes que cruzaban al poniente,
como a divinidad, llorando a mares,
te invoqué ¡Ay! y, en homenaje tuyo,
todavía, aunque viejo, no concluyo
de poner mi dolor en tus altares!

Mañana sobre mí vendrá la sombra,
y, cual flor confundida entre la alfombra
de hojas secas del bosque, en el olvido
dormiré. Mas, tu nombre a las edades
rodeado pasará de claridades:
con oleo de inmortales está unguido!

De cara a la región donde el lucero
de los mares asoma, con ligero
paso, seguí la abrupta cordillera.
La soledad del páramo es salvaje;
la calma sin cambiantes, su paisaje;
la nota gris, su triste compañera....

La paja ¡ese otro mar! Es cada loma
un tumbo inmoble. Sobre alguna asoma
de la roca la calva ennegrecida.
No de modo diverso el mar sombrío
deja ver algún casco de navío,
sobre el lomo de una Mola embravecida.

Sube, se empina, rompe de improviso;
de nuevo asoma sobre el impreciso
borde tajado de lejana roca;
forma amplios senos, en penachos se alza;
se hunde aquí; luego, más allá rebalza,
y pone un tumbo a lado de una boca.

Si un mar en tempestad, petrificado
pudiera ser en un instante dado,
ese mar donde eterno el gesto rudo
de la tormenta se conserve, fuera,
del pajonal de nuestra cordillera,
la imágen, cuando el viento yase mudo.

Y mudo estaba en las primeras horas.
Tendidas, sin acción, las voladoras
alas dormía. Ni un susurro leve
interrumpía la quietud.... Si el viento,
que es el alma del páramo, su aliento
le niega, nada en su extensión se mueve.

Si, mudo estaba; pero, entrado el día,
a cortos intervalos, se movía,
distendiendo los nervios de sus alas;
bien como el ave, que, en el propio nido,
prolija, alisa, con el pico unguido
de aceite nuevo, las sedeñas galas.

Después, en forma de apasible brisa,
que los cristales de un arroyo riza,
so deslizaba juguetón y blando;
subía a despertar entre las breñas
alguna florecilla, y, por las peñas,
traviezo, aventuraba susurrando.

Si encontrabá a su paso un arroyuelo
de festonadas márgenes, el vuelo
deteniendo, bromeaba con las flores:
del deductor astuto al albedrío,
le obsequiaban con perlas de rocío,
con polen fecundante y con olores.

Qué ladino y qué amable se mostraba!
Cuan solícito y dulce me enjugaba
el sudor con las alas! Con qué tino,
yendo adelante, la escarcha sacudía,
y al través de las matas se escurría,
como diestro, enseñándome el camino!

Cual suele el salteador al viajero
extraviado, llevarle, salamero,
al sitio del asalto y la celada;
con mieles esquisitas de bandido,
guíabame al paraje prevenido
para una muerte impune y desolada.

En pequeñas partidas, el ganado,
de distancia en distancia, el, desolado
cuadro animaban: unos se embestían,
otros cruzaban la extensión mujiendo;
los unos, con sociego, iban paciendo,
mientras, otros, rumiando se adormían.

Los tisonados toretes, las vaconas—
de piel felpuda y astas cual tisonas,
por lo alzadas y finas— un momento,
sacudiendo el testús, me contemplaban,
en hostil actitud, y se alejaban,
despejando el camino a paso lento.

Y qué camino, cielos! Por doquiera,
solo hallaba en la virgen cordillera
la soledad agreste primitiva....
Enemigo se muestra de la altura
el hombre, que, ambicioso, en la llanura,
de lo suyo exediéndose cultiva.

Tiene también el páramo sombrío
sol fecundante, lluvias y rocío;
mas, no se advierte el surco del arado
que abriera sus entrañas; ni el rastrojo
de la mies maduró; ningún despojo
del fruto que se hubiese cosechado.

No se miran en él espigadoras
que, tras los segadores sus canoras
cantinelas entonen; ni zagales
que, al son del caramillo, sus rebaños
apacienten; ni bosques de castaños,
ni chacras de legumbres y maizales.

El humo de las chozas, a los cielos,
no sube en espiral; ni los abuelos,
de cabeza nevada, en los alcores,
refieren a los nietos sus hazañas;
ni hay cetos, al través de cuyas cañas
se digan dos amantes sus amores.

No se escucha el ladrar de los mastines,
ni el canto de los gallos— los clarines
que anuncian el arribo de la aurora.
El silencio es el dueño de la altura.
Allí no hay ni placeres ni tortura.
Nadie rie, es verdad; mas, nadie llora.

Yo, que llevaba el pecho lacerado,
por tantas injusticias; olvidado
de todos en aquellas soledades;
viéndome fuera de la humana escena,—
que los goces más puros envenena,—
abría el alma a nuevas claridades.

¡Oh soledad! ¡Oh madre primitiva
del hombre! Entre tus brazos, compasiva,
le acoges, cuando quiere sus miserias
esconder o llorar sus extravíos;
tú, de su pecho llenas los vacíos
y restañas la sangre en sus arterias!

El viento, al medio día, de repente,
cesa y calla; mugiendo, lentamente,
el ganado disperso, la hondonada
busca y se guarece; huyen las aves;
la niebla cunde, y se sustraen, graves,
las lomas del contorno a la mirada.

Oscurécese el sol; la vista apenas
alcanza pocos pasos; brillan llenas
de rocío las pajas; enmudece
la salvaje región a lo inaudito;
se siente tras la bruma lo infinito;
antélanse las sombras, y anochece.

Y qué noche, Dios mío! La más negra
algún lucero tiene que la alegre;
pero esa!.... Cielo y tierra el mismo tono....
Sin guía, sin camino, luz ni faro:
silencio y sombra; frío y desamparo;
hambre y sed.... ¡El horror! ¡El abandono!

Cual de un trueno distante el estampido,
a lo lejos, después, ronco bramido
oyóse, y fue, por grados, aumentando,
creciendo y acercándose.... El galope
de mil Dragones, en acción de tope,
no iría tanto estruendo derramando.

Era el viento ¡ese mismo que ternuras
me prodigó falaz! quien sus bravuras,
siguiendo la enlutada cordillera,
paseaba como rey, sobre cada ala,
llevando un nubarrón; haciendo gala
de tener la tormenta por cimera.

Tras sí el pavor sembrando, con estruendo
pasó de cien torrentes; abatiendo
cuanto se empina, de furor perdido.
La paja, temblorosa, se tendía,
agarrándose a la tierra que crujía,
y era el páramo todo un alarido.

Iba y venía, con furor creciente.
Sus aceradas alas, ya de frente,
ya de lado azotábanme. Su nido
así el cóndor defiende; y precipita,
desde la altura que su amor habita,
al cazador que lo escaló atrevido.

¡Qué agilidad! ¡Con qué pujanza brama!
Ya cual mar desbordado se derrama;
ya cual torre se eleva a las alturas:
unas veces se arrastra y barre el suelo;
otras remonta el poderoso vuelo,
cargado de hojarasca y de basuras.

Tiene caprichos infantiles: gira,
bulle, se queja, lírico suspira;
gruñe, revuelca, grita, forcejea;
y, al fin, de tanto batallar rendido
y con las alas sin acción, tendido
sobre el inmenso páramo jadea.

Transido hasta los huesos, sin aliento
me hallaba ya, cuando el perverso viento,
la nieve que en sus alas conducía,
sacudió, vació, con carcajada loca,
cual salibazo de su enorme boca
al pajonal que de pavor gemía.

Con cuánta rapidez cambió el paisaje!
Reemplazó al gris del páramo salvaje,
el hielo con su albura de mortaja.
Rodeado aun de tempestuosa bruma,
agitado, jadeante, con su espuma
crubrirse parecía el mar de paja.

Las gotas de sudor que por mi frente
rodaban, conjeladas en su fuente,
volvíanse granizo; los vapores
de mi aliento eran polvo de rocío,
y, con mi sangre circulando el frío,
de mi cuerpo enervaba los vigores.

Uno fué para mí perder el tacto,
del sitio no tener concepto exacto
y ponérseme inactivas las pestañas.
Tuve náuseas, después.... después.... la noche
cayó en mi pensamiento, y cerró el broche
la flor de la conciencia en mis entrañas.

CANTO SEPTIMO

La esencia de la amistad es la integridad, la completa magnanimidad y la confianza.

EMERSON

Como la niebla, cuando el sol asoma,
deja el valle, se tiende por la loma
y, al fin, se desvanece, y brilla el cielo:
así, la bruma que la mente mía
obscurió letal, después huía,
dejando campo de la idea al vuelo.

Estaba en una choza. Miré en torno.
La cabaña afectaba forma de horno.
A mi lado el hogar amortecido
lucía algunas brasas. En la puerta—
como boca de cueva siempre abierta—
había un hombre de través tendido.

Todo era pobre, todo miserable:
un suelo húmedo, un techo detestable....
al través de sus claros se veía
azulear el espacio. Un haz de paja
era mi lecho, y una gruesa raja
de leña mi cabeza sostenía.

Al sentirme despierto, incorporóse
el hombre de la puerta, sacudióse
la cabellera larga como negra,
y me dijo:—Señor, qué se te ofrece?
—¿Dónde estoy?—En tu casa: pertenece
a quien, de verte revivir, se alegra.

Habíame encontrado agonizante
en la cumbre del páramo distante,
cuando arriaba al aprisco su ganado.
De ver mi juventud, cargó conmigo;
prendió la lumbre para darme abrigo,
y allí estaba durmiendo a mi cuidado.

Acercóse al hogar y echóle ramas
que, al soplo de su boca, fueron llamas.
Al amor de ellas, mientras me servía
rústica cena, mis desgracias todas,
sin omitir ni mis frustradas bodas,
le referí con franca simpatía.

Cuando hube concluído, —te agradezco—
me dijo— que, sin ver que no merezco,
porque soy un pobre indio, tu confianza,
me hayas hablado con amor de hermano:
de mi pecho en el surco has puesto el grano
de una amistad profunda y sin mudanza.

—Es de su gratitud la única prueba
que puede darte quien, cual yo, no lleva
más prenda —contesté— que sus dolores.
—Menos rico no soy de ellos— me dijo
con tristeza. —Pues, cuéntame; lo exijo:
será —dije— el mayor de tus favores.—

Callado y pensativo otro haz de ramas echó al hogar para avivar las llamas, cual sin con ellas alumbrar quisiera el libro original de su memoria; y, luego, me narró la humilde historia de su vida de arroyo en la pradera.

—Nací en el Tambo: cerca de la orilla del río de ese nombre, la sencilla cabaña de mis padres se encontraba. Mi madre, al darme a luz, halló la muerte; y mi padre, en memoria de esa suerte, *Guiqui-churi* (4), amoroso, me llamaba.

Has visto como suele en el rebaño, mendigando, vivir de amor extraño la cría cuya madre pereciera? Así fue mi niñez: de pecho en pecho, sin el abrigo del materno lecho, crecí como una pobre enredadera.

Vecino de mi padre era un magnate, el cual, de la ambición al acicate, promovió un litigio de linderos. Más que el derecho, pudo la malicia, y ganó.... ¡Al indio nunca la justicia hace justicia contra caballeros!

Perdió la posesión de sus mayores, y quedó a mendigar. Mas, los vigos no estaban extinguidos en su seno: vendió su libertad por un puñado de monedas, y en este retirado sitio compró un pedazo de terreno.

Pasó la vida, cual lombriz de tierra,
pegado al surco, cuanto jugo encierra
extrayendo tenaz, en beneficio
tan solo del patrón; pero a su muerte,
me dejó este rincón; y, de esa suerte,
labró mi libertad su sacrificio.

Dos vacas, cuya leche me nutriera,
dejó también.... ¡Fue la oblación postrera!
La una el Cura tomó por sus derechos,
y el patrón la otra.... ¡Sabe Dios, si en tanto,
hubo una mano que me seque el llanto,
hubo una voz que calme mis despechos!

Ese hombre fue un ladrón! Ni un solo ochavo
le debía mi padre. Murió esclavo,
porque nunca el maldito documento
de concertaje quiso cancelarle.
¡Ah! Y, muerto él, conmigo remplazarle,
sin devolver la vaca, fue su intento!

Desde antes de la muerte de mi padre,
a una joven yo amaba, cuya madre
era concierta de la misma hacienda.
Pues, la impuso que no se me aceptara,
en tanto que servirle rechazara:
mi amor de esclavitud se hacía prenda!

Tanto más grave para mí el aprieto
era, cuanto que estaba en el secreto
del nacimiento de mi dulce amada:
era su padre el que soberbio y bravo,
quería hacerle esposa de un esclavo,
y esclavizar a su hija desgraciada.

Le hablé a mi prometida. No sabía
nadie que yo esta posesión tenía.
Podíamos huir sin dejar huella,
y asilarnos aquí. Mi amante ruego
escuchó satisfecha; pero, luego,
oscura nube ensombreció mi estrella.

—“Convengo en desertar de la morada
“de mi madre —me dijo— pero nada
“bastará para hacer que en mi locura
“de amor te siga, mientras que con fuerte
“lazada no nos ligue hasta la muerte,
“y más allá la bendición del Cura.”

—“¿Cómo —le dije— quieres, imprudente,
“buscar vado en el rápido torrente?
“Di, más bien, que no me amas; que un capricho
“de mujer, pasajero como el viento,
“fue parte a que de amor el juramento
“me hicieras, y verdad habrásme dicho.

“¿Cuándo a las tórtolas bendijo el cura?
“y se aman, sin embargo, con ternura.
“Quién desposó a las campecinas flores?
“Quién a la fiera le dió marido?
“¡La luz, la flor, la madriguera, el nido,
“el cura no bendijo, y son amores!

“Y, luego, si me quieres y te quiero,
“¿qué razón hallas para dar dinero—
“que no tenemos— solo porque escuche
“la confesión de nuestro afecto, y haga
“una cruz en el viento, y, por la paga,
“latinajos mal dichos desembuche?”

Ella callaba, con el pié, en la tierra
trazando rayas. "Habla; ¿por qué cierra
"tu boca el paso a la palabra? Veme,
"le instaba yo, con esos ojos bellos;
"en mi alma clava todos sus destellos....
"el que ama nunca al ser amado teme!"

Sus ojos, como flores con rocío,
alzó llorozos hasta el rostro mío,
y murmuró: "Conozco bien que me amas;
"pero es preciso, para ser felices,
"que el Dios que a las corolas da matices,
"plumas al ave y frutos a las ramas,

"bendiga nuestra unión." "Es un engaño—
"le repliqué—cada uno a su rebaño.
"enseña aquello que le da provecho.
"Ignoras el poder de la costumbre!....
"Romper con ella causa pesadumbre,
"por eso sientes oprimido el pecho.

"El amor es la ley de las uniones;
"sin él, de nada sirven bendiciones,
"y con él, todas las cermonias sobran.
"Mucho antes que haya Curas, hubo esposos.
"Los Curas, de su bien siempre celosos,
"en su propio provecho tan solo obran."

Así le hablé, buscando en mi cabeza
razones, cuyo alcance —con franqueza—
ni yo que las lanzaba comprendía.
¿De dónde las tomaba? De los hechos:
el pleito, el concertaje, los derechos....
todo revuelto en mi conciencia ardía.

Y nada conseguí. Más poderosa
fue la creencia. Pero cautelosa
y astuta *Guayanay* (5), logró el camino
de llegar, sin tropiezo, al sacramento,
imbuyendo al patrón el pensamiento
de hacer los gastos, y después, ladino,

conseguirme devengue con trabajo.
Y así se realizó. ¡Quizás atrajo
élla a mi hogar la bendición del Cielo!
que Dios es Dios, por más que los errores
de viles y mentidos servidores
deshonren su poder aquí en el suelo!

Estábamos casados. Beneficio
no había, al cual responda con perjuicio
nuestra conducta. Libre la salida
teníamos. ¡A la obra! Con la luna,
la juventud llevando por fortuna,
acá arribamos en feliz huida.

CANTO OCTAVO

...les dicen el camino que han de seguir, y sobre todo les encargan que vuelvan al valle.

FLORIAN.

Al llegar *Huigui-churi* a esta parte, calló; tal vez, por un recurso de arte, para indagar si mi interés movía. —Continúa —le dije— dime el modo como vivieron, sin tener, de todo, sino un poco de amor y valentía.

¿Qué es de tu esposa? ¿Cuántos hijos tienes? A la vez que me instruyes, me entretienes. —Ya los gallos saludan a la aurora— contestóme— y precisa que repases. Tiempo habrá, mientras vengan los adioses, para contarte lo que callo ahora.—

Insistí con razones halagüeñas; y, después de atizar con nuevas leñas el hogar, prosiguió: —No fue tan triste la situación. Había, previamente, puesto choza... y es esta cabalmente; aun del tiempo a la invasión resiste.

Muchos años después, aquí, en seguida,
hicimos otra. En ella recogida
Guayanay, con sus hijos, del reposo
disfruta. No he querido que la vieras,
antes, primero, de saber quien eras :
la experiencia me ha vuelto cauteloso.

Tengo cuatro hijos ; de ellos son varones
los tres. Pero no son tan simarrones
como pudiera suponerse : salen
con frecuencia a poblado. En Gualleturo
y en la costa, mercado hallan seguro
allí las cosas que nos sobran valen.

Cabras, ovejas, bueyes de labranza ;
un par de vacas, de las que descansa
la una, en tanto que la otra nos da leche,
y unos pobres cultivos mi riqueza
son.... De estos cerros verás la aspereza,
luego que Dios su santa luz nos eche.

Me fue duro al principio ; pues, tenía
que llevar a mi esposa en compañía,
para hacer mis viajes a la costa....
Son tan penosos ! Toda la montaña
hay que cruzar ; y cada invierno daña
la senda, de por sí mala y angosta.

Pero ya lo más triste se ha pasado.
Hoy es nuestro vivir muy sosegado.
Aquí tan solo alguna vez nos llega
raro despojo de esa fiera insana,
que llaman sociedad, y que, inhumana,
al qué cae de lágrimas le anega.

Aquí no hay ley, ni gorras, ni galones :
nuestro poder no afirman los cañones ;
Dios en el cielo, aquí mutuo cariño,
no conocemos otros soberanos.
Tostó el sol nuestra frente y nuestras manos ;
pero es nuestra conciencia blanco armiño.—

Así el buen indio concluyó su historia,
y avivó de mis penas la memoria.
—Oh ! me decía en mi interior, si el cielo
me hubiese concedido, con Clotilde,
vida olvidada, en una choza humilde,
en cualquiera rincón de nuestro suelo !—

Sin querer, comparaba las uniones,
que por cálculos viles y ambiciones
se suelen realizar en las ciudades,
con aquel matrimonio ; y, en mi pecho,
colmado de rencores y despecho,
sentía amor hacia esas soledades.

Entre tanto, la luz llegó del día,
y de la vida ya el rumor se oía,
cuando dejamos el caliente nido....
El cielo azul estaba despejado,
y, a nuestra espalda, alzábase el nevado
con su casco triunfal de oro bruñido.

No es posible decir en pobres versos
qué sentimientos hondos y diversos
tuve de *Guayanay* a la presencia !
No era india, sino blanca. Ni en el traje,
ni en el porte mostraba el basallaje
de la raza vencida y sin herencia.

¡Qué ojos! Qué boca! Qué nariz! Qué frente!
Qué arco de cejas! Qué cascada hirviente
y negra de cabellos! Talle airoso,
con curvas de odalisca; pie menudo;
torneada pierna y brazos al desnudo;
pecho niveo, combado y esponjoso.

Saludamos, y su voz, cual cristalina
corriente, deslizábase argentina
de entre la roja concha de sus labios....
Era en su sencillez deidad campestre,
con los encantos de una flor silvestre,
que no da celos ni produce agravios.

Era la hija tan bella cual la madre;
solamente algo del color del padre
pigmentaba su piel. Pero, en remplazo,
la juventud cantaba en sus arterias,
impoluta, soberbia, sin miserias,
cón hervores de grana sobre razo.

Su hermosura hermanábase al paisaje,
en el cual se admiraba en maridaje,
la sierra altiva, la hoya productora,
la cuesta, la encañada y el collado,
el arroyo, del monte descolgado,
y en el huerto la linfa bullidora.

Allí estaba el corral junto a la casa,
allí el peñasco que hace de terraza
y domina del huerto el canastillo;
más allá las verduras, los maizales
que emprenden por la cuesta, los trigales
comenzando a vestirse de amarillo.

¡Oh! ¡Tierra ecuatoriana! ¡Tierra hermosa!
no hay rincón de tu seno, do gloriosa
no se alce igual visión! Azul tu cielo,
tu diadema el sol, tus estandartes
blancas nubes, volcanes tus valuartes,
tu guía el bien, la libertad tu anhelo!

El día aquel que la Justicia sea
quien presida en las lides de la idea,
y adjudique el laurel a los mejores;
que el centinela no haga de asesino,
ni el templo de mercado, ancho camino
tendrá el Progreso abierto a sus labores!

Tres soles transcurrieron. Me sentía
restablecido, y proseguir quería
en busca de un rincón, do sosegado,
los andrajos de mi alma solitaria,
arrastrar entre el llanto y la plegaria,
tan solo a mis recuerdos consagrado.

A *Huiqui-churi* le anuncié mi intento.
—¡Irte!—me dijo— Si no estás contento,
bien. A tres cuadras cortas de la plaza
de Gualleturo, una heredad hermosa,
por encargo, administro.... tiene choza
que bien pudiera titularse casa.

Es tuya. Un hijo mío irá contigo
para servirte. Quiero que mi amigo
seas, y que aceptés. Bajaremos
semanalmente a visitarte, y grato
nos será entonces ofrecerte el plato,
que en nuestra mesa, aquí, te reservemos.

Rupay-zhungo, (6) el mayor de los tres mozos, debía acompañarme; y envidiosos de aquella distinción los dos hermanos, me exigieron consienta en relevarse mensualmente los tres, para turnarse, por igual, entre cada dos veranos.

El padre era José; la madre Eliza; Rosario se llamaba *Piti-sisa*; (7) *Rupay-zhungo* era Luis; José el segundo, a quien decían *Puma*; (8) del tercero no puedo el nombre recordar casero, el de pila y bautismo era Raimundo.

Piti-sisa arregló la fiambarrera, poniendo en ella cuanto presumiera nos fuese necesario. Hasta última hora querían me quedara. —Te daremos choza aparte —decíanme— y veremos en sus puertas las noches y la aurora.

Joven como eres, aislado y triste....
¡El cielo no permita! quién resiste a los embates del despecho! Aleja de tí la idea que domina tu alma, y mientras vuelvas a la antigua calma, de soledad el pensamiento deja.—

—La soledad restaña las heridas de manos de los hombres recibidas— les contestaba yo. —Las engangrena— me replicaban— ¿Cuándo el sol fue sano para el enfermo? Solo amiga mano para quien sufre de tu mal es buena.—

En un momento que nos vimos solos, cómo que era élla el uno de los polos de la casa, me dijo *Piti-sisa*:
Quédate por mí. Me da tristeza que te vayas tan pronto!— La cabeza bajó y el llanto se mezcló a su risa.

—¡Perdóname, imploré; pues necesito curar mi corazón que está marchito de tanto sufrimiento; y eso pide quietud y soledad.—Pero me juras— murmuró—venir siempre?— y sus oscuras pupilas me encargaron no la olvide.

La ofrecí ser frecuente... tan cercana era mi choza! Vino la mañana. Nos llevó la familia hasta el lindero de la heredad. Allí nos despedimos, y allí estuvo hasta ver que nos perdimos tras la primera curva del sendero.



CANTO NOVENO

¡Qué pequeños sois todos, que pequeños,
y mi dolor qué grande !

GABRIEL GALÁN Y GALÁN.

A la puerta del templo, inter llegaba
la hora de la misa, de mi hablaba
un grupo de labriegos sin cordura:
¿Le conocen?—¿A quién?—Al forastero!
—¡Un brujo!—¡Un criminal!—¡Un bandolero!
—¡O un santo!— dice apareciendo el Cura.

Era este un bello anciano de alma blanca,
cano en extremo, la mirada franca,
ingenuo corazón y mucha ciencia.
Su amor era la luz de su rebaño;
primero muerto que causarle daño,
era la única ley de su conciencia.

—¡ Bonita santidad, de lagartijas,
sapos, culebras y otras sabandijas
andar en pos huyendo de la gente!—
murmuró un viejo socarrón y grave.
—Pero a nadie hace daño— con voz suave,
replicó el sacerdote nuevamente.

—A mi ver, es un loco y no otra cosa—
murmura un bravo mocetón. Curiosa
la concurrencia pídele motivos.

—Escuchadme— responde; y, a su modo,
en su discurso va ensartando todo,
y traza con sus gestos cuadros vivos.

—Yo le he visto llegar, y desde el día
que llegó he sido su perenne espía.
Yo sé sus pasos cual los propios míos.
He le atisbado dentro la cabaña;
le he seguido, de cerca, en la montaña,
y me han hecho pensar sus extravíos.

Tupido pabellón de enredaderas
su techo circunscribe y las goteras,
como un flotante palio de verdura;
y hasta a la hora del sol más calurosa,
duerme en la sombra su pajiza choza
el sueño de una flor de la espesura.

Vive triste, muy triste. No tiene hora
para nada. En ocasiones con la aurora
está en pie; y otras veces, por la noche,
vagando, abriendo surcos con la lampa,
se le ve, activo, en la dormida pampa
hasta que asoma de la luz el coche.

Solito él, en las tardes despejadas,
a la hora en que se animan las majadas
y al campo ingresa la quietud, se aleja
buscando el borde de los precipicios,
y, de extraña liturgia los oficios
canta, alternando el llanto con la queja.

Tiene un jardín, que es un jardín en forma,
plantado por sus manos, en la norma
de sus gustos de loco: allí hay las flores
del campo, y la montaña.... hasta el *chameco*
y el *cardo santo*, de morado fleco,
allí ostentan sus rústicas colores.

Igual que de las flores, de las aves
tiene hecho monopolio. Porque sabes
tú, y tú porque eres muda, a las que cantan
y a las que no, de su cabaña abiertas
les tiene las ventanas y las puertas;
duermen en ella y de ella se levantan.

Cuando les falta, mendigando el grano
al pie le siguen.... Comen en su mano,
y puédenle anidar en el sombrero....
Es un corral de pájaros su choza....
y, a no ser para un loco, peor cosa
no encuentro que vivir de pajarero.

Estando en su jardín, hay ocasiones
que se hince de improviso y oraciones
parece que recita: abraza y besa
las ramas y las flores; las dos manos
alza al cielo, y, mirando los lejanos
montes, declama versos de tristeza.

Siempre de caza, nunca la escopeta
le falta al hombro, de un cordón sujeta;
pero está virgen de haber hecho un tiro:
cuando una pieza en el camino mira,
cambia de rumbo, luego que la admira,
por no turbar la paz de su retiro.

Preguntado una vez acerca de eso,
replicó agrio:—*Robar la miel del beso
es crimen, ¿destruirla qué sería?...
No hay ser que no ame; y el amor reclama
la suprema piedad.... Para él la rama,
el rocío para él, para él el día....*

*No hay muerte que no encharque en sangre un nido...
Vivir es ser ensueño o ser latido
de otro ser en el mundo. Desde el lodo,
intenso el grito del amor se eleva....
es el tributo que la vida lleva
al himno indeficiente del Gran Todo.*

Turbar ese himno!.... Arrebatarle notas?...—
Y, calló. Al irse cual si fibras rotas
llevara en su alma.—*Tumbas y conventos
nadan en lágrimas—* me dijo, paso,
con ese tenue susurrar de raso
con que hablan en los árboles los vientos.

Recorre la montaña ¡como loco!
gesticulando. Avanza, poco a poco,
cual si buscara entre el follaje espeso
algún ser diminuto, y, derrepente,
queda lelo, mirando inmensamente
cualquiera vicho, sin dejar el rezo.

Se pasa días llenos, burilando
estrofas en los troncos; declamando
cosas extrañas a las mariposas:
—*Sois flores y por eso amais las flores—*
les dice— *y Dios protege esos amores,
poniendo aroma y néctar en las rosas.—*

De un árbol he leído en la corteza,
escrito por su mano: —*La grandeza
de Dios hay que buscar en lo pequeño.*—
Leí en otro: —*La vida es el martirio
del alma por la carne; y, como el cirio,
para no padecer ansio el sueño!*—

Si llega del *Toray* a las orillas,
escucha horas enteras. De rodillas
cae después, y a voces dice al Cielo:
—*Yo te he visto, Señor, en los cristales
de esta fuente; hanme hablado sus raudales
de tu bondad: ¡ Señor, dame consuelo!*—

Y sus lágrimas corren por la grama,
mientras su rostro rojo como llama
se vuelve. Y continúa su paseo,
llevando siempre la escopeta al hombro,
hallando a cada paso nuevo asombro,
siempre el mismo, en constante devaneo.

Si por acaso en su camino topa
con algún pequeñuelo, como estopa
se inflama de cariño: —*¡ Flor de vida!*—
le llama —*¡ Savia nueva! Luz nacinte!*—
le obsequia, le acaricia y en la frente
le besa con fruición desconocida.

—*Amad a los pequeños —aconseja—
porque son ellos de la vida, vieja
la sangre nueva! ¡ Alegre cada choza
un grupo de granujas! El retoño
reemplaza al árbol: fruto es en otoño,
y en primavera perfumada rosa!*

*¡ Fatales los estériles! —exclama—
su vida miserable es como rama
seca en medio de prósperos verdores!
Nadie llora su muerte, y, en su huesa,
de su vida sin flores la tristeza,
les niega la alegría de las flores!—*

Se le anegan de lágrimas los ojos;
la fría palidez sus labios rojos
descolora, y se aleja de la gente,
sin despedirse, con ligera planta,
temiendo que descubra la garganta
no se qué cosa triste de la mente.

Una vez le encontré mirando un nido,
tan honda y tiernamente conmovido,
que no advirtió que estaba yo presente:
—*¡ Prodigio del amor! Prodigio santo!—*
decía— *¡ Gama donde duerme el canto
de la existencia! Diminuta fuente*

*de los oceanos que la tierra, el viento
y el agua llenan! ¡ Bíblico elemento
de las naciones! Nido, yo te adoro!
¡ El fiat eres tú de cuanto vive,
y en tu latir exiguo se percibe
la voz del Dios de las estrellas de oro!—*

Un día que pasaba por su lado—
—*Campecino*—me dijo— *de este prado
habitador (y estaba en la montaña),
podrás decirme quién este letrero
gravó en este árbol? Lleva un mundo entero
de amor y de dolor su cifra extraña!—*

—Usted— iba a decirle ; pero tuve miedo. —No sé—le contesté— y detuve el paso para ver : —*Si la subida es triste, la llegada es la amargura ; nada hay más desolado que la hartura, porque el hambre es, el astro de la vida !—*

Tal era la inscripción, cuyo sentido ignoro. Yo pasé ; quedó prendido él allí. Transcurridas largas horas, volví de tarde, y continuaba tieso como una estatua, junto al tronco grueso, contemplando las notas habladoras.

—Es un loco infeliz— concluyó el mozo. El concurso asintió ; pero el virtuoso párroco —si es verdad lo que refieres— observó— no es un loco, sino un santo. —Y nunca viene a misa ! —Sufre tanto, y ama a Dios en sus obras ¿qué más quieres?—

Mi conducta a este son la gente aldeana comentaba tenaz, tarde y mañana escuchando mis pasos. Yo era el coco para los niños ; y el extraño cuento del mozo, suficiente fundamento fue a que me llame la comarca loco.

Mi vida era en verdad bastante bella para entendida por la gente aquella. Suavisado el dolor de mi tortura, de su propia tensión a la acción fuerte, como al que se halla próximo a la muerte, solo quedábame una gran ternura.

CANTO DECIMO

Me llama? Sí; me llama.
¡Allá voy, allá voy!

GOETE.

Extraño a todo el mundo, en Gualleturo
vivía, sin presente ni futuro,
de la luz fugitiva del pasado.
La mañana era clara y deliciosa,
y el horizonte de color de rosa
por crestas azulinas recortado.

Ya calentaba el sol. Los moscardones
en las flores zumbaban; los gorriones,
esponjando el plumaje, entre las ramas
recogían insectos; las palomas,
dé dos en dos, en las vecinas lomas,
se escogollaban entre las retamas.

Todo era amor.... hasta mi pobre huerto
su voz unía al general concierto
de la vida, que canta, que repica;
que es flor en primavera, que en otoño
es fruto; que es perfume y es retoño;
que brota, que prospera y multiplica.

Sentado en el alar de mi bohío,
miraba florecientes de rocío
los campos en feraz magnificencia....
Había perlas hasta en las espinas!
solamente de mi alma a las ruinas
del Cielo no alcanzaba la clemencia!

Derrepente, una voz, que era toda alma,
de la mañana interrumpió la calma;
y por sobre las moras del cercado
que da al camino, de ansias con locura,
en pos de auxilio, aparecióse el Cura,
batiendo su bastón desesperado.

Corrí a su encuentro, enderezando rumbo,
y en cuanto cerca me vió, —sucumbo—
me dijo. —¿Qué sucede? Necesita
algo?—Vente en socorro de una pobre
joven, que muere abandonada sobre
el polvo del sendero, aquí arribita.

—Volemos!—respondí, por la maraña
rompiendo del moral—y en mi cabaña
tendrá sombra a lo menos.—La ladera
para ascender le presenté la mano
a que se apoye; pero el buen anciano
obligóme a tomar la delantera.

—La fatiga me priva de ir contigo:
vete y tráela, en tanto que te sigo
arrastrando mis años lentamente—
me dijo, con la voz entrecortada,
mostrándome la senda encajonada
que extendía sus curvas de serpiente.

A distancia de un tiro de escopeta,
sobre la grama, la encontré en completa
inacción. Lo mortal de su semblante,
sus ojos entornados, su flacura,
sin amenguar en nada su hermosura,
la presentaban más interesante.

Cargué con élla, y emprendí el regreso....
Una garza tendría mayor peso!....
La llevé de mi choza hasta la puerta.
Allí un banco de céspedes había.
En él la recosté.... ¡Me parecía
ver a la Ninfa de esos campos muerta!

Rodilla en tierra ante élla, la observaba
con interés de loco. Respiraba
anhelante, cual tórtola caída
que lleva un perdigón en los pulmones,
y eran ¡Ay! de su seno los crespones
espuma por la olas remecida.

Es propio del dolor hablar a voces:
asido de sus manos, los veloces
latidos numeraba de su seno,
y en frases empapadas de amargura,
desbordaba inconsciente mi ternura....
tenía de ella el corazón tan lleno!

No sé qué tiempo habría transcurrido,
ni sé lo que la dije; que el olvido
tumba, benévolo, a los hijos caba
del entusiasmo.... Al revolver los ojos,
hallé que tras de mí, puesto de hinojos,
el párroco entre lágrimas oraba.

La presencia del viejo sacerdote
me sacó de aquel éxtasis. Al trote—
¡Crueldad en mi jardín no conocida!—
tomé flores cargadas de rocío
y sacudí sobre la enferma.... Al frío,
en sus pupilas alumbró la vida.

Las manos afiladas, lentamente,
se pasó por los ojos y la frente,
cual niño que despierta; y en su boca
diseñóse levísima sonrisa,
cual se extremece al beso de la brisa,
una pálida flor sobre la roca....

Al sentarse, tos seca, luego de eso
le vino; mas, duró poco el acceso.
Y, después que me había agradecido,
le dijo al sacerdote:—Estoy ya sana:
es preciso gozar de esta mañana....
¡fuera una tonta que volviera al nido!

Se disponía a contestarla, cuando,
sin anunciarse, de rondón, llegando
Rupay-zhungo y su hermana, interrumpieron
al anciano Ministro.... La primera
vez que la *Piti* visitábame era....
¡Cuan efusivas nuestras frases fueron!

Saludó a todos; le besó al anciano,
con reverencia, la arrugada mano,
y se puso a contarme lo costosa
que le fue la venida, por testigo
su hermano, concluyendo:—pues, conmigo
no hay travas cuando quiero alguna cosa!

Había muchas veces a sus viejos instado, desde tiempos ya muy lejos, le permitían hacerme una visita; pero ellos le negaban el permiso: —Porque no— sin decir nunca el preciso motivo; y su amargura era infinita.

Como ya más de un cuarto de año hiciera desde la última vez que a verles fuera, les mintió a los vejetes, con gran maña, que había dicho nunca volvería a verlos yo, mientras no llegue el día de que antes élla venga a mi cabaña.

Así como les dijo, le creyeron, y, luego, para enviarla, resolvieron antelar la matanza del cochino. Me llevaba mi parte: la fritada, el tostado, la cáscara arrancada por su mano, morcillas y tocino.

Las demás golocinas obligadas, había hecho élla: arepas, enpanadas y chicha de maíz. Las novedades ocurridas después me refería: —La vaconita blanca dió cría, y no ha cumplido aún tres navidades!

La mamá se enfermó por haber ido al pueblo de Cañar. Era sabido que jamás que iba regresaba sana. Pero estaba ya bien. —Jesús! Qué noche tan larga y tan pesada la de anoche! temía que no llegue la mañana!

Hablaba como un niño, ingenuamente,
derramando su alegría en el ambiente
como perfume de salud bizarra
y contagiosa. La enferma la atendía;
y en sus ojos de tísica veía
yo, el fuego arder del sumo de la parra.

¡Contraste el de las dos! La una morena,
la otra blanca; robusta, sana y llena
la una, la otra escurrida y enfermiza;
pálida la una, la otra ardiente rosa;
la sobrina del cura melindrosa,
resuelta y campechana *Piti-sisa*.

Amigas desde el punto que se vieron,
cual viejas conocidas departieron.
Bromeaban, sin embustes, con ternura:
la una reía cual naciente aurora,
la otra cual lampo que las cimas dora,
cuando suben las sombras de la hondura.

Quiso irse el cura, y la sobrina —Tío—
le dijo— no me voy de este bohío:
aquí quiero morir. —Morir! qué dices!—
contestó el pobre viejo emocionado—
Si! No faltaba más! Buen encargado!
Qué diría a tus padres infelices?

Rióse élla, charlándole mil cosas,
a cual más infantiles, prodigiosas
para calmar al bondadoso anciano;
y concluyó diciéndole que aguarde
para irse con el fresco de la tarde,
o regrese a llevársela temprano.

En sus ojos, a modo de un espasmo,
devorándola, ardía el entusiasmo:
tenía ansias de vida; codiciaba
desquitarse veinte años de pereza
en una hora de acción: era pabesa
que al tiempo de extinguirse centellaba.

Y quedó con nosotros. En cuanto hubo
partido el sacerdote, se mantuvo
pensativa un buen rato, y, al fin, dijo:
—No muero, no, de esta dolencia física!
¡Ay! Más que el cuerpo llevo el alma tísica;
y le oculto: conozco que le affijo!

—No están bien tan sombríos pensamientos—
repliqué—son tan cortos los momentos
de placer que la vida nos depara.
—Así es—me dijo—Esa sentencia importa
otra más práctica, a la vez que corta:
a mal sin cura hacerle buena cara.

Y rió, como ríen los enfermos;
como un rayo de sol sobre los yermos;
como un recuerdo de implacable ausencia!
No pude contestar, quedé alorado:
me parecía haberla sentenciado,
y que solo esperaba mi sentencia.

En esto, dándose aires de sibila,
intervino la *Piti*, y su mochilla
ofreciéndonos, dijo:—¡Abajo penas!
Al que a sus dones se demuestra arisco,
no vuelve a visitarle san Francisco....
quejas y lágrimas con pan son buenas!

Triunfó de nuestro duelo su alegría,
y, estando ya bastante entrado el día,
tendidos sobre el césped almorzamos.
Eran las once y más de la mañana,
cuando, alzada la mesa, a la fontana
del *Toray* la escurción encaminamos.

CANTO ONCE

El pequeño arroyo habla, con voz
clara, luego se hace ruidoso....

ELISEO RECLUS.

El *Toray* es un límpido arroyuelo
que rueda entre guijarros. Cantorzuelo
nacido de la selva en las entrañas,
baja al pueblo llevando su mensaje
de perlas; entonando su salvaje
canción entre morales y espadañas.

Me eran ¡Ay! tan familiares sus orillas!
Había tantas veces, de rodillas,
con mi llanto engrosado sus caudales!
Días enteros por su cauce a solas
andando, me abstraían de sus olas
los dulces no aprendidos madrigales.

Alegria y amor del vecindario
que beneficia con tesón diario,
se ostenta donde quiera: en los cogollos,
en las terzas corolas de las flores,
en los gramales plenos de verdores
y en los huertos poblados de repollos.

Las novias, en sus linfas hermosean
el tesoro de gracias que franquean
en su noche de amor; y sus cristales,
excentos del capricho de la moda,
son la copa solemne de la boda,
ofrecida en banquetes sin rituales.

En él buscan los viejos remembranzas,
los jóvenes ensueños y esperanzas:
las madres piensan en que fueron hijas;
las hijas sueñan en que serán madres....
¡Feliz arroyo, de hijos y de padres,
bien el recuerdo o la esperanza fijas!

Allá íbamos. La enferma al lindo brazo
colgada de su amiga, a cada paso
la marcha interrumpía. El terciopelo
de un botón que asomaba, de unas hojas
la felpa, el tinte de unas alas rojas....
arrebataban su infantil anhelo.

Apegaba a su rostro sin colores
los pimpollos más frescos; de las flores
aspiraba en las matas el aroma;
sorbíase el rocío, y pretendía
el polvo de oro que esmaltaba el día
recoger en un vuelo de paloma.

—No te agites —decíale su amiga—
no te mojes: te matan la fatiga
y la humedad. —Me han recetado el campo—
replicaba élla— Condenada a muerte,
tan solo anhelo, cual postrera suerte,
morir del sol bajo un risueño lampo.—

Se mira el pueblo en la planicie baja.
Brillando al sol el oro de la paja,
de trecho en trecho, rústicas casuchas
la plaza orillan, que la grama alfombra ;
mudas y ciegas mientras no hacen sombra
al dueño, ausente en las diarias luchas.

La iglesia las preside, coronada
de oro como ellas. Junto a la cerrada
puerta, abre tosca cruz sus grandes brazos,
y hacia la esquina, en esa misma hilera,
dos campanas, de una horca de madera
pendientes, cuelgan sus nudosos lazos.

Allá blanquéa el techo de un molino ;
más abajo la sierpe del camino
en un bosque se pierde.... Allí el paisaje
se rompe, y, de Suscal, se ven al frente
los altos bordes, sobre el río hirviente,
orladas cual las sienas de un salvaje.

Se parte en dos un escarpado monte,
y, de la costa el límpido horizonte,
deja ver al poniente ; los penachos
de humo señalan la perdidas chozas
en el campo regadas, y armoniosas
se oyen risas y voces de muchachos.

Al lado opuesto, un boa de verdura
divide serpenteando la llanura,
y entra en la selva : es el *Toray*. Y arriba,
y más arriba.... hasta el crestón que besa
el cielo, la feraz naturaleza,
la pompa de la tierra primitiva....

De un joven *guayacán* sobre el ramaje
las lianas extienden su plumaje,
y forman pabellón. Allí, a su sombra,
al pie de la montaña, en la ribera
del arroyo, que se abre y da pradera,
la fresca hierba nos brindó su alfombra.

Delante, el arroyuelo, detenido
en un marco de piedras, su bruñido
espejo al goce de la luz despliega;
y, rebosando, con su voz de plata,
a lo largo de suave escalinata
baja hablador y dando saltos juega....

En los remansos, con placer, se miran
y, estremeciéndose de amor, suspiran
los árboles; coquetas trepadoras
se cuelgan de ellos; por doquier se siente
el trabajo interior de la simiente
y el jadear de las fuerzas productoras.

La voluptuosidad de tanta vida
derrama sus efluvios, y convida
a banquetear de amor las existencias:
viste el recuerdo su ropaje viejo,
tibio de sol, oliente a vino añejo,
y el ensueño demanda confidencias....

¡Oh dulce apartamiento! ¡oh monte! ¡oh llano!
arroyo rumoroso! viento ufano
de ser libre don Juan de esos rincones!
¡Cómo la mente os puebla de hermosuras,
y vuelve a ser pagana, las torturas
del amor suavizando con ficciones!

Guardábamos silencio todos llenos
de emoción: eran fuelles nuestros senos,
y en los ojos de todos se advertía
la embriaguez del ensueño, el ansia loca
que tapiza de líquenes la roca
y en seres vuelve su calor al día.

Como si un pensamiento comenzado
concluyera, la enferma, con marcado
acento de dolor — ¡Oh vida, vida,
cuan generosa para todos eres! —
musitó — sola yo, de entre los seres,
no tengo puesto en tu banquete ¡oh vida! —

Clavándole los ojos *Piti-sisa*,
— Deja esa idea que te martiriza —
le dijo — a la hora de morir se muere,
y entretanto se goza. — Si supieras
de mi dolor la historia... Procedieras
lo mismo ¿Qué te importa! ¡Hierre, hierre! —

la enferma replicó, deshecha en llanto,
destilando en sus frases el quebranto
como un veneno que se da por gotas.
— No dije por herirte — repetía
la *Piti* — Esas zaetas de ironía
contra mi pobre sin motivo agotas! —

Y la estrechaba contra el combo pecho,
llorando de ternura y de despecho;
atribuyendo todo a su ignorancia,
que había hecho le hablara cual persona
de torpes pretensiones, que blasona
de no existir entre las dos distancia.

Y le rogaba:—Cuéntame tus penas:
aunque noble no sea de mis venas
la sangre, nadie en lealtad me gana.
—Mi historia?—respondió— Yo te aseguro
que nadie la conoce, ni en el muro
que la defiende podrá abrir ventana.

Su voz era, más bien que de firmeza,
de hondo resentimiento y de tristeza,
obra de la afeción, contra su amiga
que tanto la quería. Al fin, la calma,
después de unos instantes, volvió a su alma
y mermó de su pecho la fatiga.

Entonces nuestra súplicas unimos
de la amiga al empeño, y conseguimos
vencer su resistencia. —Se avvicina
mi fin—dijo— Es natural que el vaso roto
deje ver su interior. No tengo voto
de silencio perpetuo. Soy Regina.

Nací en Cuenca, la tierra de las flores,
do existen todavía trovadores;
donde es la más virtuosa la más bella;
do aun su puesto tiene en los altares
Dios, y do la mujer en los hogares
es angel tutelar, sombra y estrella.

Feliz como las linfas en las vegas
y libre cual las aves serraniegas
fuí; pero un día me salió al camino
el amor.... A mi sed de adolescente
fingió dar agua pura de la fuente
de la vida ¡Ay! y me embriagó en su vino.

¡Oh divina embriaguez! Era Ricardo
el que me trastornó.... Su imagen guardo
como sol de esta vida asaz desierta....
Y, si acaso viviera, le amaría,
cual le amé, como le amo todavía
y le amaré hasta después de muerta.

Del rubio Yanuncay a la ribera,
¡Parece que fue ayer! la vez primera
nos vimos al cruzar una enramada.
Yo flor humilde que recién se habría
a la luz; él, en la mitad del día,
llevaba el corazón en la mirada.—

Se expresa derramando su ternura
en frases de infantil desenvoltura,
como que se halla lejos de la humana
maldicencia, entre humildes campeños,
que no ven de la vida los destinos
más allá del rumor de su campana.

No sé cómo explicar lo que sentía
yo, escuchando esa historia, que era mía.
No me quedaba duda. Era Clotilde
que, oculta tras el nombre del convento,
a mi lado llegaba.... Hubo momento
que no me descubrí por una tilde.

Veía satisfecho mi egoísmo
de amante; suprimido el hondo abismo
abierto entre los dos en hora loca....
¡Martirio de alegría triste y breve:
ver hecho fuego lo que fuera nieve!
blando regazo lo que fuera roca!

Prosiguió élla:—Le amé con la locura
de la edad. Mi robusta contextura
agrandaba las alas de mi ensueño....
Mi fe me lo decía: era el deseado,
el digno, el predilecto, el señalado
para ser mi señor, y dulce dueño.

Mis padres comprendían mi amor llenos
de ternura y bondad.... Eran tan buenos
que me dejaban!.... ¿Dónde mejor prueba?
en nuestra mesa el día que faltaba
Ricardo, había un puesto que sobraba,
y nunca iba él sin una excusa nueva.

Más ¡Ay! el tiempo que duró fue breve:
del crudo invierno me llegó la nieve
muy temprano! Una tarde fuese a casa
un sacerdote de confianza suma,
y, del secreto entre la oscura bruma,
redujo mi castillo a tabla raza.

Nos dijo que Ricardo pretendía
perderme, y que en su infame villanía,
me daba ya por suya. Vi en los ojos
de mis padres la cólera, el despecho....
¡Ay! y quedaron nuestras puertas, de hecho,
para él, desde ese instante, con cerrojos.

¿Cómo supo? Por medio de su hermano
David; un mozo artero y casquivano,
amigo de Ricardo, a quien tenía
por confidente. Yo desaprobaba
esa amistad, y siempre que encontraba
ocasión, como a mío, le reñía.

Mis padres no dudaron. La palabra de un sacerdote en la conciencia labra hondo surco. Para un fiel creyente, no sale de sus labios la mentira; su voz es voz de Dios; es santa su ira; su enseñanza agua de la eterna fuente....

¡ Ah! De santo no tiene sino el nombre: el sacerdote es como todos hombre falible y miserable.... Vereis luego en qué paró tanta verdad, y el modo cómo les debo a sacerdotes todo este mar de dolor en que me aiego.

Ya Ricardo de tarde en la ventana no me halló, ni en el templo a la mañana siguiente. Como pájaro al que el nido se le robara, le miré unos días, sin socio, rondar las cercanías de casa masilento y aturdido.

Pero, al fin, no volvió. Fue un rompimiento de fría terquedad. Procedimiento que confirmó su falta. Si pedía perdón, le perdonaba.... Mi esperanza vi morir, como el sol en lontananza, y lloraba en secreto noche y día.

CANTO DOCE

No matan solo la humedad y el frío:
;viene también la muerte por el alma!

CAMPOAMOR.

No se volvió a tratar de lo ocurrido ni más en adelante. Del olvido los beneficios para mi alma al Cielo pedía, pero envano: para el que ama retoñan los afectos cual la grama, que extirpa toda hierba y cubre el suelo!

Después me entró tal ansia de noticias acerca dél.... Saber si sus caricias brindaba a otra; si el recuerdo mío turbaba alguna vez sus muertas horas; si despierto le encontraban las auroras, fincado en mí su amante desvarío....

Al fin, un día supe con tristeza, que el pobre mozo se iba de flaqueza en flaqueza, siguiendo la pendiente del vicio, y que David, su viejo amigo, de taberna en taberna, el desobligo le llevaba a matar con aguardiente.

¡Oh Dios! Y llegó el caso que a mis puertas se dió en acudir, las piernas yertas, tambaleando, a caer en los umbrales borracho; y, entre horribles convulsiones, tartamudeaba trozos de canciones sobre mí echando el peso de sus males.

Lo que me hizo sufrir con su presencia! Sentí un gran torcedor en mi conciencia, mirando que su amor no estaba muerto.... Yo le amaba también.... Y al tiempo mismo, desesperábame el profundo abismo que el vicio entre los dos había abierto.

Él, tan noble, tan lleno de promesas; soñador de la gloria en las proezas, como dotado de alas para el vuelo, aparecía miserable y triste, cual un truan que de limosna viste, y que desdora con pisar el suelo!

¡Aquello me abrumó!.... Llorarle ausente o muerto!.... Pero verlo al inclemente yugo del vicio sometido.... ¡Buena.... santa es la muerte.... y el olvido es santo....! ¡Su ingratitud no me pesaba tanto....! A mi alma contagió con su gangrena!

Me iba secando como flor privada de sol y de aire, solo consagrada a llorar su infortunio y sus miserias: perdí las fuerzas, me reduje a huesos y de mi crudo llanto los excesos, la sangre consumió de mis arterias.

Si allí no más hubiese concluido, los tristes beneficios del olvido hubieranme curado. Un nuevo lote de penas me aguardaba. Desde el día del chisme aquel, asiduo concurría a casa el oficioso sacerdote.

Con frecuencia David, su vil hermano, le acompañaba, alegre y casquivano, como siempre. Sondearme algunas veces intentó conversando del amigo; y persuadido de mi desobligo, nos siguió visitando varios meses.

Miré, luego, en sus ojos algo extraño, que no era hostil y me causaba daño como un insulto; pero no me vino ninguna idea. Tan reconcentrada en mi dolor vivía, que de nada me daba cuenta en mi fatal camino.

Notaba sí que, al saludar, la mano me oprimía con aire siempre ufano; más yo lo atribuía a petulancia. ¡Ay! Pero un día el santo sacerdote, continuando su oficio de iscarote, de descubrirse tuvo la arrogancia.

—¡Yo esposa de David?—le dije, roja de indignación— La víbora no arroja veneno más mortífero! ¡Para esto fue su calumnia?— Aunque era tan muchacha, en pie me puse, de furor borracha, y le enseñé la puerta con el gesto.

Entonces comprendí que el odio es santo.
Mis maldiciones remojé con llanto,
y busqué a mi tormento una salida.
Mi confesor, un sacerdote viejo
y sabio, me acudió con el consejo
del claustro, consagrando a Dios mi vida.

Me obsesionó la idea; pero el voto
formulé a condición que el vaso roto
vuelva a lucir en el banquete flores:
que Ricardo regrese del desvío;
que corresponda al sacrificio mío
con un milagro el Dios de mis mayores.

Consumé mi oblación por el que amaba,
sin ver que mi suplicio empeoraba,
si Dios a mi intención correspondía.
¡Oh! Que nunca hubiese hecho tal locura!
Sintetisa ese voto mi ternura:
triunfaba en mi el amor y no sabía!

El Cielo fue a mis ansias generoso:
el milagro alcancé. Le ví juicioso,
roto del vicio el degradante yugo,
volver de nuevo a reclamar mi afecto;
y a ser llegué para él, por raro efecto,
al mismo tiempo víctima y verdugo.

Me complacía ver regenerado
al que tanto a mi amor hubo costado,
y estaba mi dolor en eso mismo:
le amaba y no podía ser su amada;
me sentía tan suya, y separada
me hallaba dél por infranqueable abismo!

¡Qué lucha, oh Dios, qué lucha! Pretendía olvidarle, y en mi alma renacía la pasión en mil formas.... Procuraba engañarme, llamando a mi cariño compasión, caridad, y como niño, apuraba el manjar que me mataba.

Sabía que mi amor un sacrilegio era ¡Ay! y de sus cantos un arpegio no perdía.... Dejaba de mañana el lecho antes de que aviven los fulgores, por recoger los cantos y las flores que ponía de noche en mi ventana.

De día, le pensaba todo el día, a tal punto que sólo dél vivía, y, de noche, salía a la tribuna descalza, para verlo. Horas enteras lloraba, y me escondía a las primeras luces del día o de la blanca luna.

Era preciso ya cumplir mi voto: con devolverme entero el vaso roto, me había Dios su aceptación mostrado. Esto me consolaba. Fui al convento. En ese asilo de piedad aumento de males encontré a mi pobre estado.

El Carmen! Cuatro enormes murallones y un templo que remata en dos torreones. Tras la que entra, sus puertas sin tardanza se cierran.... No es posible hacerse cargo, sino sintiendo, de lo que hay de amargo en esa cerrazón sin esperanza!

La vocación, el impulsivo anhelo del alma al infinito, puede en cielo trocar esa mansión. Mas, cuánta bruma nuestra vida rodea! Al ojo humano le es imposible descifrar lo arcano de las pasiones tras la bella espuma!

Preciso es confesar que, de la vida al banquete, el manjar que más convida es el ensueño del amor, que encierra el ser de nuestro ser: es amasado de tierra el corazón, y está formado, como de tierra, para amar la tierra.

A veces el ensueño idealiza esas moradas; el despecho atiza en otras el misántropo deseo: la soberbia, el rencor, el desengaño obran también.... y así, siempre por engaño.... de mil, por vocación, que entre una creo.

Como iba convencida de que entraba a pagar lo que a Dios adeudaba, en nada reparé. Me poseía la embriaguez del amor. En el convento, creí, dulcificado el sentimiento, un crepúsculo hallar de poesía.

¡Oh! Cuánto me engañaba! En los primeros días tuve momentos lisonjeros de paz. Pero después.... de tal manera recrudesció la soledad mis ansias....! Alcanzó mi pasión exuberancias salvajes de silvestre enredadera.

La celda, el coro, el humo del incienso....
no eran sino el marco, donde el lienzo
de mi amor destacaba. En todas partes
la imagen de Ricardo me embecía,
y rodearla de encantos parecía
el claustro con sus tétricos baluartes.

Llegó la toma de hábito. Si duro
el encierro, mi voto prematuro
ratificar me pareció tremendo.
Mas, tanto hicieron las astutas monjas,
que en las redes caí de sus lisonjas,
sin saber que me estaban ¡Ay! mintiendo.

Después, el Capellán me hizo promesas
en el nombre de Dios. De mis tristezas
dijo ser tentaciones. Mi amor mismo
le pareció pueril.... A tanta instancia,
acabó por ceder mi repugnancia,
y di el paso fatal hacia el abismo.

No puedo suponer que me haya el Cielo
aceptado ese voto. Sentí el hielo
de la muerte al hacerlo. Desde esa hora
aumentó mi pasión de verme libre....
Tendencia no hay que con más fuerza vibre....
¡Luz encendida quiere ser aurora!

El ave de la jaula, aunque sin alas,
en sus nostalgias, las etéreas salas
ve al través de las rejas. Mas, la monja
lleva un velo delante.... De la vida
se obliga a renegar, y, fiel suicida,
escrúpulos absorbe como esponja.

Las lisonjas, promesas y ternuras
sólo hasta rematar las ligaduras
duraron: después, todo fue castigos,
penitencias, maltratos y rigores....—
fiera ostigada por los domadores—
por do quier sólo hallaba désobligos.

Llevando el corazón como pizarra
donde nada está escrito,—hermosa parra
en tierra nueva— la virtud sarmientos
puede dar ábundantes; de otro modo,
la soledad del claustro ofrece en todo
motivos de extremar los sentimientos.

Una celda existía cuyas puertas,
de par en par, estaban siempre abiertas.
Nadie la frecuentaba: se decía
que allí una hermana falleció de tisis.
De mi dolor en las tremendas crisis,
para llorar a gusto allá acudía.

Mi anemia le ofreció dulce hospedaje
al mal, cuyo terrible vasallaje,
antes más bien que maldecir bendigo.
Me contagió la tisis. Debo a ella
la libertad. Pero la amable estrella
del alegre vivir no va conmigo.

No me asombra la muerte: sólo siento
marcharme sin que sepa mi tormento
el hombre a quien amé. ¡Si lo supiera!
¡Si cuánto he padecido adivinara!....
Su vida a mi recuerdo consagrara!
cual yo muero por él, por mí muriera!

—¡ Clotilde —grité loco— aquí está ese hombre!
Envano ocultas a mi amor tu nombre:
soy Ricardo! —Ricardo?— con sorpresa,
me pregunta clavándome los ojos....
Encienden sus mejillas visos rojos,
la boca ensancha y dobla la cabeza....

Fue la asfixia final. Sobre la grama,
cual paloma caída de la rama,
se agitó convulsiva y quedó muerta.
La mató mi pasión.... En su camino
fui el espectro, en su muerte el asesino....
Volvióse abrir de mi dolor la puerta!

Murió sin escuchar de mi ternura
la historia. ¡Qué consuelo a su amargura
sido hubiera el recuento de mis penas!....
Grité, lloré, la rebujé en mis besos....
De mi ansia no pudieron los excesos
poner calor en sus heladas venas!

Su deseo cumplió: la vi tendida
en un lago de sol. Estar dormida
semejaba. Un color de rosa suave
teñía sus mejillas. De su boca
bajaba un hilo rojo hasta la toca
que la envolvía cual plumón de una ave.

Piti-sisa y su hermano interrumpieron
la dolorosa escena. Condujeron
el cuerpo amado a mi infeliz bohío.
Trémulo el paso, el alma pensativa,
fui tras ellos, por donde cruzó viva,
viéndola ir muerta con su amor y el mío!

CANTO TRECE

Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz....

BECQUER.

¡Oh Clotilde, amor mio, martircita!
Si Dios omnipotente, en su infinita
bondad, no hubiese ya criado el cielo,
lo inventara el amor! Algún paraje
debe haber, donde encuentren hospedaje
las almas que se amaron en el suelo.

Eres mi novia, espérame en la puerta,
mientras cruzo, cantando, la desierta
senda que a tí, con certitud, me guía!
El dolor de mis versos será el rastro
que de tí quede, cual misión de un astro
que perpetúa entre la sombra el día!

Mi cabaña, Tabor de mis dolores,
en altar convertimos con las flores
todas de mi jardín. En el centro Ella,
sobre lecho de musgo reclinada,
dormía dulcemente, como un hada
al amor misterioso de una estrella.

En hileras los cirios, flores de oro
interpolaban entre el bello coro
de las mías. Mis aves, despojadas
de su asilo, ajitaban los ramajes,
sin socio, o, esponjados los plumajes,
la cabeza extendían asustadas.

Por momentos, palomas tugadoras,
de su agreste canción, desgarradoras,
las notas desgranaban en la escena;
los perros despleaban sus aullidos,
y escurrián los pájaros chirridos,
cual si todos, a la vez, sintieran pena.

El santo Cura, luego que hubo orado,
con infinitas lágrimas, hincado
delante del cadáver, dormitaba
sobre un *poyo*, puerta afuera.
Piti-sisa, frente a él, de igual manera
parecía dormir. *Rupay*, faltaba.

Las gentes del contorno que al velorio
acudieran, de ver que no hay holgorio,
se habían retirado de una en una.
El silencio era cruel: solo se oía
el chirriar de los grillos. Se ponía,
entre cendales de crespón, la luna.

Era la media noche. Mi escopeta
puse al hombro y salí. La pampa escueta
cruzando, vagué largo, a la ventura,
y di con el *Toray*, cuyos rumores
calmaron de mi frente los ardores,
en sus notas brindándome frescura.

Sentado en una piedra, entre las manos
apoyé la cabeza, y los lejanos
recuerdos, en tropel, a mi memoria
acudieron, tan claros, tan risueños,
que, olvidando el presente, holgaba en sueños,
la escena viva de mi muerta historia.

En esto de improviso, las corrientes
se atumultan, bramando efervescentes,
y delante de mí, toda de espumas,
destaca la silueta encantadora
de una mujer, que a modo de una aurora,
albea de la noche entre las brumas.

Transparente y sutil, como un encaje
de hilos de luz, el vaporoso traje,
desciende cuál la cauda de una estrella;
en cristales, cayendo, se resuelve,
y, convirtiéndose en espumas, vuelve,
otra vez, a cubrir los hombros de élla.

Como el astro a la nube que le ofende
en ondas de oro y púrpura la enciende
y la transforma en nimbo; así brillaba
la blanca vestidura. Y como trozo
de sol que, desgarrando negro emboso,
luce libre, el bello rostro fulguraba.

Yo la ví, cara a cara. En mis oídos
sonaron sus palabras... Mis sentidos
no podían fingir, ni yo dormía.
Era Clotilde; cual la vez primera
que la ví del Yanuncay a la ribera,
botón de rosa que recién se abría.

—No ames a otra —murmuró— no quiero
que olvides nuestro afán, y que te espero.
Has el bien por ser bién; auxilia al pobre;
da luz a la ignorancia; a todos ama....
Tu corazón, como ánfora, derrama,
que nada en él en tu probrecho sobre.

Y se esfumó en la sombra. Las corrientes
continuaron su curso, en las pendientes
bulliendo y silenciando en los remanzos.
Excentas de egoismo y de pasiones,
llevaban su caudal, sin distinciones,
lomismo a los soberbios que a los manzos.

Pocos pasos arriba, desplegada
su copa un árbol de nogal, que daba
funestidad insólita al paisaje.
Sumergido en su sombra, apoyé el hombro
en su tronco, escuchando, con asombro,
de las aguas el místico lenguaje.

No sé el tiempo que estuve. Un viento frío
que cruzó de las hojas el rocío
zacudiendo, rompió mi hebetamiento;
y seguí la ribera, aguas arriba,
hasta el pie del *guayacán* do sorpresiva
la muerte *la* arrancó el último aliento.

Allí caí de bruces, y la frente
hundida entre las hierbas, a la fuente
de no vertidas lágrimas di paso.
Los hipos, los sollozos, los gemidos
de mi pecho, cual pájaros perdidos,
de *élla* envano buscaban el regazo.

Ni un filete de luna sobre el monte,
ni un astro que descorra el horizonte;
espesa niebla de la noche oscura
aumentaba el pavor. A mis oídos
llegaron, derrepente, los sonidos
de unos pasos cruzando la espesura.

Alguna fiera hambreada se acercaba.
Parándose, parándose, avanzaba
olfateando mi rastro. La escopeta
tendida hacia el rumor, el ojo atento,
la espero en pie, cuando, con dulce acento,
me llama por mi nombre voz discreta.

—Quién eres? —Yo, Ricardo! —*Piti-sisa?*
—En dónde estás? —Por Dios, qué genio atisa
mi desventura! Si no me hablas, era
tu noche última. —Qué dices? —Excuso
tu imprudencia maldita que te puso
a punto de morir: te creí fiera.—

Deslizándose rápida, a mi lado
llegó, con el aliento acelerado,
temblosa y sin ánimo. —Me sale
el corazón—, me dijo, y un repecho
ocupó de la orilla. De su pecho
dejé que toda desazón exhale.

La soledad, el sitio, la hermosura
de aquella agreste flor, cuya frescura
se adivinaba entre la sombra, fueron
como un rayo de sol tan corto y breve,
que derretir no pudo tanta nieve
que inviernos tantos sobre mi vertieron!

En el secreto de la noche, encantos nuevos del agua los sencillos cantos derramaban. Las notas de su idilio, tan propias de la escena, eran extrañas del amor al ensueño. En mis entrañas repercutían como voz de exilio.

—Qué te trajo en mi busca? —al fin la dije—
—Tu suerte. La desgracia que te aflige—
me contestó— Ven. Siéntate a mi lado—
y me extendió la falda. —¿Quién te dijo
dónde me hallaba? —Siéntate. Lo exijo.
Te diré todo cuando estés sentado.—

Le temblaba la voz con inflexiones que revelaban hondas emociones de vehemente pasión. Me senté. Y, luego, respirando su aroma, el olor sano de su virginidad, como un hermano, la escuché, en apariencia, con socio.

—Habíame dormido. Me despierto y, no encontrándote en la casa, advierto que falta la escopeta. Me imagino mil cosas.... En contorno de la casa te busco.... Bajo rápida a la plaza; nada.... y me entra el temor de un desatino.

Subía desde el pueblo, tropezando entre la oscuridad más densa, cuando, de improviso, se aclara.... Me sorprende y corro. Una luz blanca resplandece del *Toray* a la orilla. Me parece que allí te encuentras, y la marcha emprendo.

Estaba en media pampa, y derrepente, quedé en tinieblas. —Viste claramente, le pregunto, esa luz? —Te juraría. —De qué forma era? —No lo sé de cierto; me parecía una mujer. —¡No acierto! Viste bién? —La distancia me impedía.—

Quedamos en silencio. —¿Qué te absorbe?— me preguntó élla. —Está vacío el orbe para mí —dije— y llanto convulsivo mi voz interrumpió. —¡Cómo quisiera ser yo la muerta! —clamaba élla— Fuera feliz!.... feliz!.... Porque no valgo vivo!—

Después de haber llorado, su relato interrumpido, prosiguió: —Un buen rato quedé suspensa. No veía nada. Tuve deseos de volverme; pero no se qué me impulsaba el derrotero a seguir de tu fuga inusitada.

Al sitio luego do pensaba hallarte, y cansada de espiar y de buscarte, vengo a tientas siguiendo la ribera llamándote en voz baja; no pensaba que en la sombra tu escopeta me buscaba, preparada a matarme como a fiera.

Y aquí me tienes. Hora corresponde a tanto afán y, por piedad, responde: —¿qué te piensas hacer? —No pienso nada —Mandé a mi hermano en busca de mi padre, para llevarte. Quizá el ir te cuadre, y no nos dejes cual la vez pasada!

—Por qué te empeñas en que lleve el duelo
al seno de los tuyos? —Sobre el suelo,
sólo tú puedes alegrar mi casa.
—Qué dices? —Lo que me oyes. Estoy loca.
Y necesito con mi propia boca
decirte todo lo que en mi alma pasa.—

En el casto silencio de la noche,
allí, de ingenuidad en un derroche,
me abrió su corazón. ¡Cuánta dulzura
tenían sus palabras! ¡Cruel destino!
¡Hoy es vinagre lo que fuera vino!
¡Ay! y miseria lo fuera hartura!

CANTO CATORCE

Sal conmigo y te llevaré a donde
gorgéan mejor los pajarillos.

CANTOS ALEMANES.

—No sé, me dijo, al comenzar su historia,
si sea para mí desgracia o gloria
haberte conocido: yo vivía
en mis cerros y montes tan contenta,
sin ansiar dichas ni temer afrenta,
que me bastaba y me sobraba el día.

Cual las gallinas los dorados granos,
mi amor se disputaban mis hermanos,
y de presentes me colmaban: era
su único pensamiento. Sus salidas
se me antojaban todas prevenidas
solamente en mi obsequio a donde quiera.

De la paja perdices y conejos,
del pantanoso carrizal cangrejos,
del río peces, de los bosques nidos:
joyapas en diciembre, en junio moras,
y en agosto, que se doran las totoras,
caprichosos juguetes y tejidos....

Y todo para mí. Tan enseñada
estaba que poníame enojada
alguna rara vez que iban vacíos.
Desde lejos mostrábanme y corría
yo a su encuentro, unas veces por la vía,
y otras veces pisando los sembríos.

Cada cual preparábame sorpresas
de lo más caprichosas y traviesas.
Una tarde, me acuerdo, con instancia,
José me lleva. Andar a la ventura
simulaba. De repente, en la espesura
me enseña un cervatillo, a la distancia,

de un matorral echado entre el ramaje.
—Es muy tierno, me dice. Cuando baje,
lo atajo en la encañada. Tú, con tiento,
acércate. ¡Quizás esté dormido!—
El chasco fue completo: había sido
atado allí por el bribón de intento.

Qué susto el de otra vez! Hacia mi lecho
voy el momento de acostarme, y hecho
una gran rosca se me ofrece un oso.
Al grito que lancé, con franca risa
Rupay-shungo me dijo: —*Piti-sisa*,—
por qué le desconoces a tu esposo?—

Mi vida, como el agua de la fuente
corría tan serena y dulcemente,
que nada la turbaba, hasta aquel día
en que mi padre te llevó.... ¡Dios mío!
Todo fue verte, y desde entonces ansío
no sé qué que decirte no podría.

Nada me halaga: todo cuanto existe
ante mis ojos tiene un baño triste,
cual si hubiese cambiado de vestido.
La casa se me ha vuelto insoportable;
busco estar sola, y hallo deleitable
lo agreste, lo salvaje, lo escondido.

Han mudado las aguas de lenguaje.
Los vientos cuando mueven el ramaje,
me hacen soñar en cosas no pensadas.
Tengo unas ansias, unas horas locas
en las que, huída, trisco por las rocas
o me interno, sin fin, en las quebradas.

Al encuentro no voy de mis hermanos,
aunque llenas me traigan ambas manos:
prefiero a sus presentes mi tristeza.
Querría que me olviden, que se alejen
y que solita, por amor, me dejen:
la compañía del hogar me pesa!

No hay paraje en el cual hayas estado,
que no hubiere a diario visitado
por regarlos de lágrimas: segura
de que en ellos lloraste, he pretendido
tener a tí mi pensamiento unido,
juntando a tu amargura mi amargura.

En torno mío el malestar derramo:
parece que en el pecho llevo un ramo
de flores venenosas que dan sueño.
Me agito en un paisaje de delirio,
condenada al insípido martirio
de arder como arde en la montaña un leño.

No sé qué ley de enfermedad es esta ;
mas, no quiero curar, aunque me cuesta
tanto dolor el soportarla : vivo
de mi dolor, como la luz del fuego,
y al cielo realizar mis ansias ruego,
pero no que las ponga lenitivo....

Eres libre.... tan libre !.... ni siquiera
te queda una evasiva.... tu primera
ilusión es ceniza.... Tan solito
qué te haces ; dónde vas ? Mi humilde chosa
te llama porque sabe que dichosa
puedes hacerla, y a volver te invito.

Podrás negarme este favor ? Mi afecto,
cual lluvia sobre piedras, sin efecto
pasará sobre tu alma ? Qué te pido
que conceder no puedas ? La criada
que exige a su patrón ? Que a la posada
regrese pronto para ser servido !

—Rosario, contesté, yo correspondo
a tu amor con amor tan casto y hondo
como el tuyo. A la sombra de tu alero
volveré cual la negra golondrina
que en el tiene su nido. No termina
mi deber todavía ; sólo espero

poner tierra en los ojos a mi muerta
para seguirte. Vuélvete y su puerta
vigila : fue tu amiga. Yo, tan luego
como haya terminado ciertos ritos
de mi culto, a tu lado iré, y juntitos
de tu hogar volveremos al sociego.

—Me ofreces? —Como me oyes. —La escopeta dame en prenda de fe, porque me inquieta su compañía para tí. —Consiento.— Y la entregué. Tomándola perdióse tras los jarales, y corría el roce de su falda cual ráfaga de viento.

Aquel nuevo incidente, como un monte que se alza de improviso, mi horizonte oscureció con sombras más espesas. Entrando en mi interior escudriñaba mi conducta anterior. ¿Por qué me amaba si objeto nunca fue de mis ternezas?

Sin duda, el padre había comprendido ese amor, cuando no hubo permitido que viniera a mi choza con frecuencia. Cómo llevarles la inquietud en pago de tantos beneficios? Ni qué halago ofrecerles podía mi presencia?

En mi mente la idea de la fuga, con la tenacidad de una verruga, prendióse; y arrastrábanme en opuesta dirección los deberes postrimeros con mi amada difunta, por postreros, sagrados, sin excusa, sin respuesta.

¡Huir! sin presenciar en qué paraje, manos extrañas, dábanle hospedaje en tierra forastera! sin dejarla, cual postrera oblación de mi ternura, la cruz que ha de guardar su sepultura, el sauce funeral que ha de sombrearla!....

Huir! sin que mi llanto sea el riego
primero de las flores que el socio
de su sueño embalsamen! Sin presente,
en su tumba, dejar de mis rodillas
la presión, al unir las dos orillas
de la oración con el radioso puente!....

Terrible situación! Y, sin embargo,
del destino acepté el cáliz amargo
y opté por la derrota. Allí, en la grama
postrado, con los brazos extendidos
clamé al espacio y fueron mis gemidos
cual lava de volcán que se derrama.

—¡ Señor —grité— que estás en las alturas,
por qué así me persigues y torturas!
Si amo eres mi rival; si acazo alcanza
mi miseria, piedad, indigno de ella
me haces, y marcha el odio tras mi huella....
¡ En dónde he de ocultarme a tu venganza!

Si espontáneo me diste estos andrajos
de existencia que en medio de trabajos
y lágrimas arrastro, ¿por qué extremas
conmigo tu rigor? ¡Por qué te abajas
y hasta mi sólo por herirme bajas,
Tú que tu nombre con estrellas nemas?

Quieres que huya, huiré; pero no sigas
la huella de mis pasos; no prosigas
tu labor proveedora de miserias!
Ya no soy sino un grumo de despojos:
han quedado sin lágrimas mis ojos;
y están de sangre exhaustas mis arterias!

Después; a tientas, destilando llanto,
descendí del arroyo por el canto,
hasta dar en la casa del molino.
La noche era carbón; desconocida
la senda, entre malezas escondida,
¿cómo llevar a término el camino?

Dividiendo Suscal y Gualleturo,
corre el río del Tambo. Se alza un muro
de roca en cada orilla. Entre esas rocas,
braman las aguas, contra los pedrones
rompiéndose, y batiendo los crespones
revueltos de sus crines, como locas.

Es un abismo entre esos pueblos. Pero,
hubo Leandro que por ver a su Hero,
halló medio de unir las dos riberas.
Templó una cuerda de una orilla a la otra;
cada extremo en un tronco que se empotra
en la roca amarró. Por las caderas

se ató otra cuerda. Un nudo corredizo
que sobre la primera resbale hizo,
y el abismo fatal quedó salvado.
De esta manera, fue la tarabita
invención del amor, que en su infinita
generosa expansión todo ha creado.

Allá me dirigía. Convencido
que Rosario me hubiera perseguido,
de su pasión siguiendo la impulsora
desastrosa corriente, proyectaba
poner el río entre los dos, y ansiaba
que en tierras de Suscal me halle la aurora.

Fallida previsión! En el molino,
hasta poder adelante mi camino
seguir; porque el maltrato me rendía,
sin darme cuenta, me tendí en un *poyo*,
y al rumor soporoso del arroyo,
cuando menos lo deseaba, me dormía....

CANTO QUINCE

La risa de los cielos
ha despertado el himno de la tierra.

ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Qué grima al despertar! Un baño de oro
bermejea las cumbres. Alza en coro
la vida su himno. Formas, y colores,
y actividad recobra cuanto existe.
Naturaleza nuevo traje viste;
y riegan nuevo encanto los rumores.

El labriego, cantando, le echa el pienso
a la pareja que ha de dar comienzo
al trabajo: cantando van las mozas,
con el cántaro al hombro, hacia la fuente:
prende el hogar la esposa diligente;
son incensarios las humildes chozas.

La risa de metal de las campanas
se une alegre de las jóvenes aldeanas
a la risa de amor: de los cantores
de la selva a la risa de armonías;
a la risa de sol de las humbrías,
y a la risa de aroma de las flores.

Salve oh luz! Primogénita del Cielo!
aun no había sol y tú ya el vuelo
por la faz del abismo dilatabas!
Anterior a las noches y los días,
con Dios antes del Caos existías
y su gloria infinita salmodiabas!

Tú das vida a los séres. Tú fecundas
los gérmenes ocultos. Tú circundas,
y huye la sombra y de lucientes galas
se viste el universo. Tú despiertas
a todos los dormidos y conciertas
el himno del reptil y de las alas!

Todo sonrío; sólo en mi alma vierte
tu luz. Oh sol! oscuridad de muerte,
como si mofa hiciera de mi pena....
Enemiga del que odia y del que fuga,
el ceño de la noche desarruga
y de miradas los caminos llena!

Dejé el molino. Improvisando vías,
al través de boscajes y de Húmbrias,
seguí, del río en busca, la derrota.
Como no conociera, de repente,
perdí la orientación, y me hallé al frente
de alto peñasco de pizarra rota.

Se extendía a su pie un placer, cercado
de árboles seculares; abrigado
contra todos los vientos. De la peña
filtraba un hilo de agua. Sus cristales
en un tason bordeado de jarales,
brillaban cual pupila de la breña.

La sombra del peñasco mantenía
frezco aquel rincón, hasta que el día
llegaba a la mitad. Junto a la fuente
descansaba un anciano. Saludamos!

—Podrás decirme en donde estoy? —Estamos:
tú en el cenit y, yo en el occidente,

me contestó. —Quiero salir al río
y pasar a Suscal. —Si el ojo mío
no me engaña, señor, tú vas de fuga.
—Así es. —Pues has la cuenta que has llegado.
Tengo mi choza. Puedes ignorado
vivir de la montaña en esta arruga.

—Gracias, repuse, bondadoso anciano,
que el Angel de la selva con su mano
defienda tu morada! Sólo ansío
saber hacia qué lado el río queda,
para pasar al frente, y la vereda
que ha de llevarme hacia el empeño mío.

Se puso en pie, y, saliendo a la llanura,
—¿Ves al frente, me dijo, aquella altura?
—Veo. —El paso está al pie. Persigue el curso
de este hilo de agua. Pero, si pendiente
del alma llevas un dolor, al frente
envano pasarás: no es un recurso.—

Y sacudía su cabeza blanca,
de la cual, como nieve que se arranca
y baja en chorros, alba descendía
la lengua y crespa barba sobre el pecho.
Y concluyó después: —Sigue derecho,
y quiera Dios que en tu alma luzca el día!

Di gracias, y tomé por la encañada
de trepadoras y árboles sombreada.
Más que senda era un túnel esa vía.
De tal modo estrechaba la maleza,
que iba a gatas inclinada la cabeza.
Llegué a la playa muy entrado el día.

Allí del sol sentíase el bochorno.
Exhalaba la tierra el baho de un horno.
La atmósfera temblaba. Amortecidos
los cogollós doblábanse. Los vientos,
apenas respiraban, soñolientos,
bajo el follaje de inacción tendidos.

No había un alma. La amarilla cinta
del camino, que a trechos corta o pinta
de verde algún mataje, paralelo
del río al cauce, pasa, se encarama
se esfuma en el azul que se derrama,
con la angustia infinita de un anhelo.

La cuerda que del río las orillas
une allí está. ¡Cuan deslumbrante brillas
en ella pensamiento! Única arteria
viviente en medio de la muerta gloria
de tanta pompa natural! Memoria
del lazo que ata a Dios nuestra miseria!

Pasé el río. Ascendía la pendiente,
siguiendo por las eses de serpiente
que llevan a la cumbre. De improviso
aparece Rosario en la ribera.
Quise huir, ocultarme.... La ladera
desnuda presentábame de viso.

—Ingrato! —me gritó— corres envano!—
Un rollo de bejucos en la mano
llevaba. Los vi atarse a la cintura....
Medí el peligro. La grité que aguarde,
y descendí veloz.... Pero era tarde....
Ya sobre el río estaba su hermosura.

Al punto comprendí lo sucedido:
siguió mis huellas.... No quedó advertido
aquel anciano de ocultar mi paso.
Por él supo la ruta que seguía,
y, en el camino, despojó a la umbria
de algunas trepadoras para lazo.

El alma que se me iba por la boca,
llego hasta el propio borde de la roca.
Ella colgaba del abismo al centro.
Los bejucos cedían. Sus mejillas
cubriéronse de tintas amarillas,
mostrando que el pavor la daba encuentro.

¡Qué turbación tan grande! Los talones
cruza sobre la cuerda. A los riñones
se le pliegan las faldas en dobleces;
y las enaguas, como blanca aureola,
de castidad, despliegan su corola
en torno a las morenas desnudeces.

Negro, espumoso, a más de treinta brazas,
el río, entre pedrones como casas,
corre en lo profundo. ¡Cómo huelga
cual bestia en celo que arde en amorosa
pasión, mirando aquella fresca rosa
que próxima a caer, temblando cuelga!

Con pies y manos agarrada. Al cielo
el rostro en plena luz, la espalda al suelo.
Los miembros en la extrema crispatura
del esfuerzo final. Joven y bella,
hacia a la orilla se empujaba.... En ella
le esperaba el autor de su locura.

En ese instante, de sudor cubierto,
la faz desencajada cual de un muerto,
el viejo *Huigui-churi*, acompañado
de *Rupay-zhungo* apareció. Traía
al hombro mi escopeta. No corría,
volaba como un pájaro asustado.

Llegó; vió. Fatídico, salvaje
prende en su alma el incendio del coraje
en que el amor cuando es muy grande estalla.
Las pupilas ansiosas clava en la hija;
después las vuelve a mí; luego las fija
en el arma fatal, y tiembla, y calla.

La ve desnuda, haciéndome testigo
de su impudor. No mirá en mi al amigo,
sino al cómplice vil. La greña hirsuta
de sus cabellos se le eriza. Pasa
por su mente una llama que le abraza....
No es su hija esa asquerosa prostituta!

Quiere hablar, a pesar de la fatiga,
y la sosobra su palabra liga;
pero al fin rompe en gritos: —Perra!.... Perra!....
Maldita.... corre tras tu forastero!...—
Alza el arma.... Le tiembla el pulso artero.
Y cae, para herir, rodilla en tierra.

El eco de su padre a los oídos
llega de la joven. Sus sentidos
recuperan la acción. Entonces cuenta
se da de su actitud: está desnuda.
Los pies avergonzada desanuda
y asida con las manos se sustenta.

Así, como un acróbata en la barra,
sintiendo que su peso le desgarran
las manos ya impotentes, ve la boca
del arma que le apunta. Hace un supremo
esfuerzo, y grita: —“Padre, sólo temo
por tí.... ¡Suspende!.... Tu intención revoca.

El viejo, suelta el arma ambas rodillas
hunde en la arena. Surcan sus mejillas
en silencio dos granos de amargura.
Del agreste peñón en la pelada
cresta, nimbado por la luz dorada,
parece en su calvario, una escultura.

La joven prosiguió: —“Como sabía
cuánto le amabas cuando vi que huía,
convencida que obraba en tu servicio,
vine tras él. Estamos inocentes....
más él que yo! Nos juzgas delincuentes....
que nos lave a los dos mi sacrificio.

¡Adiós!.. ¡Perdón!.. Mi madre.. mis hermanos.. —
Se le escapó la cuerda de las manos,
y descendió. ¡Qué grito, qué hondo grito
lanzamos todos tres! Mientras corría
su hermano aguas abajo, la veía
yo estrellarse en un bloque de granito.

El viejo *Huqui-churi*, cara al suelo,
hipando se mantuvo, sin consuelo
breves momentos. Luego, cual beodo,
sin volverme a mirar, sin una queja,
sombrió, tambaleándose se aleja,
se empequeñece y pierde en un recodo....

CANTO DIECISEIS

—He abandonado, dijo, el lugar de
mi reposo, y vengo a buscar al que amo,
para ser dichosa y hacerle venturoso.

BYRON.

Preguntad a las gentes del contorno
cuánto tiempo me vieron, como adorno
de la roca, sentado en su eminencia.
A galope, el erial del sentimiento
recorrí, y el exceso del tormento,
de la razón volvíome a la inclemencia.

A dónde ir con mi carga de dolores,
mendigo de quietud y de favores?
De Cuenca me acordé y pensé en mi hermana...
Empuñando el bastón del peregrino,
nuevo hijo pródigo, tomé el camino
con el fresco alborar de la mañana.

¡Oh Cuenca! Oh Patria! Colosal nidada
de poderosos cóndores, labrada
como anfiteatro por la cordillera!
Si te aísla la altura de tus muros,
tienes el vuelo, que huye a los oscuros
inviernos y va en pos de Primavera.

Es hora del esfuerzo y de la gloria:
en una nueva página de historia,
escribe con hazañas tu poema.
Desciende como enjambre a las regiones
donde el sol nace y suenan las canciones
del salvaje que canta mientras rema.

¿No ves cual se dividen las montañas
y le dan por mitad de sus entrañas
paso al Paute, que es hijo de tu halago,
nacido de raudales de tu seno?
Persíguele en su curso, y al ameno
valle irás del Morona y del Santiago.

Esa es tu salvación: por qué perdonas?
El Santiago te lleva al Amazonas,
el Amazonas a la mar salada,
y la mar, al banquete del Progreso,
al goce de la luz, al santo exceso
de vida en comunión civilizada.

No hallas salida al Norte y Occidente:
pues franquéa las puertas del Oriente;
redímete al impulso de tus alas.
Jamás sube el que espera. Es al esfuerzo
al que humilde se rinde el Universo,
y el imposible le coloca escalas.

Ecuador! Ecuador! Patria adorada,
de pie te invita tu hija desgraciada,
a secundar su arrojo y su firmeza.
La gloria del vencer será tu gloria,
y en las páginas nuevas de la Historia,
los lauros brillarán en tu cabeza.

Ya divisaba desde la distancia
las torres de esa tierra de mi infancia,
y de llanto nublábanse mis ojos.
Cuántos años de ausencia! Carcomido
por la edad y el dolor; casi vencido,
le llevaba tan sólo mis despojos!

Rendido de emoción y de fatiga,
sin encontrar una persona amiga,
de la Ciudad detúveme a la entrada.
Extranjero en mi patria, a los umbrales
llegué de una hostería de arrabales,
breves momentos a pedir posada.

Mientras tomar la refacción ligera
que hube pedido, le hice a la hostelera,
temiendo la verdad, breves preguntas.
Al escuchar el nombre de mi hermana,
sorpresa exclamó: —¡Pobre niña Ana!
Mucho tiempo las dos vivimos juntas.

Y usted quién es? —¿No le has oído nunca
hacer recuerdos de un hermano....? Trunca
mi pregunta quedó. “¡Niño Ricardo!” (9)
echándome los brazos sobre el cuello,
fue su respuesta; y ambos sin resuello
quedamos a la acción de un mismo dardo.

Era Patricia. La dejé yo moza,
y la encontraba vieja.... vieja! cosa
de no reconocerla. —¿Qué ha pasado?
¿Por qué te encuentro aquí? —Porque la suerte
así lo quiere. ¿Cómo de la muerte
vuelve usted? Lo creímos enterrado.—

De lo ido renovando la memoria,
cada cual nos contamos nuestra historia.
De san Vicente de Paul mi hermana
se había hecho hija. Estaba ese momento
del mar al otro lado. En el convento
llevaba el nombre de María Juana.

Ella, Patricia, en pago del servicio,
recibió corta suma, beneficio
postrero de la ausente a quien lloraba,
y, en lucha por el pan, esa hostería
puso; y allí de su sudor vivía,
remando, sin dormir, como una esclava.

La casa de mis padres era ajena.
Entre el enjambre de la ciudad llena,
peor que en el desierto yo me hallaba.
Del insaciable tiempo la bulimia
devoró todo, y tras de la vendimia,
racimo rezagado, yo quedaba.

Sentí el pavor del náufrago que mira
que la deseada playa se retira,
mientras le empuja el viento a mar abierta.
Más que el mar desolado el universo
estaba para mí. Cualquiera esfuerzo,
de la muerte acercábame a la puerta.

Envano era luchar! El que no espera,
de su noche interior se desespera.
Ya no llevé el bastón del peregrino:
disparéme sin rumbo, a la ventura,
en busca de la muerte o la locura,
que de la vida infestan el camino.

Llegué al borde fatal. En lo profundo,
cual vialactea que ciñera al mundo,
el río destrenzaba sus espumas.
Ya me inclinaba, cuando surgió bella,
junto a mí, con la albura de una estrella,
una mujer que dicipó mis brumas.

¡Oh Clotilde, eras tú! La vez primera
que te ví del Yanuncay a la ribera,
fuiste la misma de esa noche. Luego,
se abrió tu boca como rosa nueva. "Exijo
la eternidad de tu dolor", me dijo;
y fue un mandato para mí ese ruego.

Desde entonces me has hecho compañía,
y los veinte años que han pasado un día
han sido para mí de rosa y gualda.
Huyendo del rumor de las ciudades,
en fiel peregrinar de soledades,
mi lecho ha sido tu impalpable falda.

En los valles más hondos, de los ríos
al rumor; en los picos más sombríos
al suave escintilar de las estrellas;
bajo la tienda azul de las montañas,
si caía la noche en mis pestañas,
nunca apagaba tus pupilas bellas.

A su luz he dormido como duerme,
tendido al sol, cuyo calor le aduerme,
el árabe habitante del desierto;
y a su luz he cantado en versos grandes,
la soledad sublime de los Andes,
de nuestro amor uniéndola al concierto.

Está cumplida mi tarea. ¿Dime
qué más me exiges? Si el dolor redime,
estoy ya redimido. ¿Cómo quieres
dejarme solo? Tu poema ha sido
lo que mi ansia de muerte ha detenido....
¿qué haría de la vida si te fueres!

Este poema donde he puesto todo,
todo mi amor y mi dolor; de modo
que luzca tu hermosura como gema
en oro acrisolado. Los troqueles
para qué conservar, si los laureles
sola tú has de llevar por diadema?

No quiero nada para mí: en olvido
quede mi nombre. Tú me has conducido
a la santa locura del ensueño.
Me impusiste el relato de tu historia....
Si he acertado a conquistarme gloria,
a tí te corresponde ser la dueño!

Cuan sublime espectáculo presencia
el alma al rededor de esta eminencia!
Entre mares de luz se ve al Oriente
galopar las montañas, rumbo al Norte,
y al lado opuesto se adivina el corte
del oceano que dora el sol poniente.

Todo se encuentra en torno nuestro: abajo,
en la sombra, rendida del trabajo
la humanidad por redimirse; arriba,
como manto de Dios el amplio cielo,
que cobija amoroso al pobre suelo
para que todo fructifique y viva.

Qué teatro mejor! Deja termine
en tu falda mis días! Que decline
mi existencia al amor de tu mirada!
En el rayo postrero moribundo
del sol que se despida ya del mundo,
haremos juntos la última jornada.

*—Acojo tu deseo: bien mereces
dormir el sueño dulce que apeteces
sobre mi seno de inmortal. Es la hora
de la apoteosis. Do el comercio cesa
con la materia, para el hombre empieza,
sin sombra de dolor, la gran aurora.*

*De cuanto anhela el corazón, tan sólo
sobrevive el amor. El es el polo
del mundo de las almas. Ven y goza....
Esta dicha es la dicha.... Las miserias
de esa vida de nervios y de arterias
son nada ante este amor: llámame esposa.—*

—Cuan dichoso me siento en tu regazo!
Es la gloria que llega; es el abrazo
que inmortaliza! El encendido beso
que acabas de imprimir sobre mi frente,
¡esposa mía! ¡mi perenne oriente!
del galardón es el mayor exceso!

El soberbio laurel tallado en oro
¿qué es para el ideal? Que venga el coro
de laureados cantores y me diga
dónde están las coronas. De la húsura
en las arcas hallaron sepultura,
mientras hambriento el ideal mendiga.

Siento ya que despierto ¡La luz siento
del Sol Eterno herir mi pensamiento!
Se encenderá su eterna aurora en breve
Señor! Señor, que velas en la altura,
concédele la paz a mi envoltura
bajo un sudario de perpetua nieve!

A Dios volvamos, ideal bendito!
Queda el triunfo del amor escrito
del oro inicuo para eterna mofa.
Que mi cadáver, vaso de la idea,
purificado por tus labios, sea
de tu poema la postrera estrofa.

Marzo de 1901.—Mayo 30 de 1919.

NOTAS

(1) *Jarata*.—Sanja que sirve para deslindar propiedades rústicas o parcelas de un potrero en los hatos destinados a la cria de ganado. Las hay de dos especies: la primera es una sanja continuada y profunda, de dos o tres metros de ancho; la segunda no es continuada, sino a cuadros a manera de un tablero de ajedrez, en el cual los campos negros están representados por hoyos profundos; teniendo esta faja de cuadros la misma anchura que la primera.

(2) *Casa de Ejercicios*.—Fue fundada y construída, a su costa y en terrenos de su propiedad, por el Sr. Dr. Dn. Mariano Vintimilla, orador y polemista de grandes merecimientos, que desempeñó por mucho tiempo el cargo de Provisor en la diócesis de Cuenca. El objeto fue proveer al vecindario de esta ciudad de un local adecuado en donde pudiera prepararse anualmente a la comunión pascual con un retiro de seis u ocho días, según las prácticas de San Ignacio de Loyola en su libro de Ejercicios Espirituales. Hallábase ya en estado de colocarse las puertas, cuando su fundador, perseguido por floreano, tuvo que emigrar al Perú. Entonces, sin resolverse a dejar inconclusa la obra, encargó su continuación, dejándoles una buena suma de dinero para ello, a los meritísimos sacerdotes Sres. Dres. Leones, quienes la concluyeron y cuidaron de dicha casa casi hasta su muerte. El local es amplio y contiene un centenar de celdas distribuidas en amplios corredores, que dan sobre cuatro grandes patios. Al poniente se levanta el templo del Corazón de Jesús, donde se llevan a efecto todas las prácticas devotas de los retirados. Está al occidente de la ciudad, a la izquierda de la Carrera Bolívar, que es la calle principal de la ciudad, a diez cuadras de la plaza Abdón Calderón. Hoy, aunque no con la concurrencia que antes, continúa aquella santa casa prestando los servicios a los cuales la dedicó su fundador.

(3) *Carmen Alto*.—Es este un monasterio de Monjas contemplativas, situado en la esquina de la plaza Abdón Calderón, que es el centro de la ciudad de Cuenca. Data su fundación del tiempo de la colonia, por lo cual se le denomina también *Carmen antiguo o de antigua fundación*, para distinguirlo del *Carmen Bajo o de reciente fundación*, que es también un monasterio de vida contemplativa, situado en la calle Sedeño. Cada uno de estos conventos abarca una manzana íntegra, y tiene el aspecto de un paréntesis de muerte dentro de la ciudad, con la cual no tiene otra comunicación que la portería. De desear es que, dado el alcance de

los tiempos, se les obligara, cuando menos, a rodearse de habitaciones. Si por dentro respiran aquellos muros santidad y recogimiento, no sucede lo mismo por fuera. Si la pesca de acciones nefandas fuera de algún provecho, no habría rendimiento comparable al recogido al pie de aquellos muros.

(4) *Huigui-churi*.—En quichua, *hijo de las lágrimas*. Es común entre los indios distinguir a los miembros de familia por medio de apodos caseros tomados de su idioma, como expresión de cariño. Por eso se ha preferido en el poema esos nombres a los de pila.

(5) *Guayanay*.—En quichua, *golondrina*.

Piti-sisa.—En quichua, *flor miniatura*.

(6) *Rupay-zhongo*.—En quichua, *corazón de fuego*.

(7) *Piti-sisa*.—Flor miniatura.

(8) *Puma*.—Tigre americano.

(9) *Niño Ricardo*.—Tratamiento que dan los sirvientes a sus patrones.

ERRATAS SUSTANCIALES

FOLIO	ESTROFA	DICE	LEASE
10	3 ^a	herrores	errores
11	1 ^a	abrazar	abrasar
23	2 ^a	traviezo	travieso
27	2 ^a	<i>Guiqui-churi</i>	<i>Huiqui-churi</i>
28	3 ^a	capriecho	capricho
35	9 ^a	inmensamente	intensamente
53	6 ^a	<i>probrecho</i>	<i>provecho</i>
53	9 ^a	zacudiendo	sacudiendo
57	7 ^a	chosa	choza
